BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

HOMBRES DE GOMA

adam surray

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ADAM

SURRAY

HOMBRES DE GOMA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 212
Publicación semanal Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES - CARACAS • MEXICO

ISBN
84-02-02525-0
Depósito
legal: B.
31.137 -
1974
Impreso en
P.«pana -
Printed in
Spain
1.a
edición:
setiembre,
1974

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor,

por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera» S.A
Mora la Nueva, 2 * Barcelona

•

1974

CAPITULO PRIMERO

El auto era uno de los últimos modelos lanzados al mercado. Techo de vidrio térmico coloreado. Aletas elevadoras en su parte trasera. Asientos moldeados. Alumbrado electroluminiscente. Luces traseras en toda la parte posterior y fanales delanteros.

Un «Forbes-SK».

Un magnífico auto.

Técnicamente perfecto. Con los más revolucionarios adelantos. Celda de combustible de energía química, rechazando los viejos procedimientos de la bomba de gasolina o el principio de la turbina.

Richard Clayton, al volante del vehículo, se sentía orgulloso. Y no precisamente del aerodinámico auto. Aquello era lo de menos.

A su lado iba la mujer más seductora de Estados Unidos.

Así se había declarado en el reciente concurso anual, celebrado en San Francisco. El jurado, compuesto por las tres computadoras de más prestigio del país, había otorgado a Julie Simmons el título de bella de los EE. UU.

Miles de fichas perforadas, con toda clase de datos de las candidatas, fueron sometidas al estudio de las tres computadoras.

Julie Simmons, de veintidós años de edad y con medidas en pulgadas de treinta y cinco, veinticuatro y treinta y cinco; fue la seleccionada.

La mujer de rostro más bello, de labios más sensuales, de busto más perfecto, de cintura más armoniosa, de caderas...

No había duda.

Las computadoras no se habían equivocado.

—Eh, Richard... Creo que te has

despistado. Este no es el camino.

Clayton esbozó una sonrisa.

Julie se las estaba dando de ingenua.

—Aún es pronto para enlazar con la «autolevapad» de San Francisco. ¿Por qué no aprovechamos nuestra presencia aquí para contemplar la caída del sol?

—¿Es una broma?

—Te hacía más romántica, Julie. Nos encontramos en pleno desierto californiano. A muchas millas de distancia de la civilización. Los dos solos. Con posibilidades de admirar la lenta marcha del sol en su cotidiano encuentro con el horizonte.

—Fabuloso.

—No seas irónica, Julie. El vivir en grandes ciudades insensibiliza al ser humano. La gran urbe incluso nos impide ver el sol.

—Escucha, Richard... Llevo un día agotador. El designarme dama de honor la Wise

Planting me ha producido el mismo entusiasmo que una patada en el estómago. Desplazarme cientos de millas para cortar una simbólica cinta ha echado por tierra mi día de descanso. Mañana debo estar a primera hora en los estudios cinematográficos, y más tarde, presentar los últimos modelos en mi lugar de trabajo. Soy modelo profesional, no una muñeca de exhibición.

Richard Clayton chasqueó la lengua.

Con fingido gesto apesumbrado.

—La Wise Planting es la más ambiciosa empresa de la última década. Patrocinada por Washington. El agua salobre de los océanos se convierte en potable, merced a la Wise Planting. En desorbitadas cantidades, que transformarán los desiertos en paraísos, que alejarán el fantasma de la sequía y...

—Hay infinidad de industrias semejantes en Estados Unidos.

—No, Julie. Antes se utilizaba la electrodiálisis, mediante la cual la sal del agua se ionizaba por descargas eléctricas y se filtraba en membranas especiales; o bien el agua salada se congelaba haciendo posible almacenar cristales de agua potable, que luego eran convertidos en líquido. El procedimiento empleado por la Wise Planting es aún más revolucionario. Consiste en...

—Ya me informaré en tu periódico, Richard. ¿Acaso crees que me he dejado engañar?

—¿Qué quieres decir? Julie inspiró profundamente.

Lucía un moderno vestido en fibra «Lacky». El tejido, un derivado del poliuretano, se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Una minicapa roja cubría los desnudos hombros de la muchacha.

—Demasiado sé que no me has acompañado por gentileza, Richard. Debías hacer un reportaje para tu periódico. Un extenso artículo sobre la Wise Planting. Durante nuestra estancia en la factoría, apenas me

has dedicado unos segundos. Te has apoderado de tu cámara para deambular de un lado a otro, haciendo fotografías.

—También tú estabas muy ocupada con los directivos de la Wise Planting.

—Oh, sí... ¡Deseando marchar! Ignoraba que debía esperar hasta que terminaras tu maldito informe.

—Aproveché el estar allí para efectuar el trabajo, Julie. Soy periodista. Mi instinto profesional me impulsó a ello, pero no tenía obligación alguna. El desplazarme a la Wise Planting fue por acompañarte. Por estar a tu lado.

—¿Es cierto eso?

Clayton desvió la mirada para reflejarse en los verdes ojos de la muchacha. Pudo hacerlo sin temor, ya que el auto circulaba por una extensa y solitaria planicie.

—Totalmente cierto, Julie —mintió Richard Clayton, con descaro y aplomo—. ¿Te sorprende que deseara estar con la mujer más bella de Estados Unidos?

—Empiezo a cansarme de ese estúpido título. No me ha ocasionado más que quebraderos de cabeza.

—¿Por qué te presentaste al concurso?

—Fui presentada por la propietaria de la casa de alta costura donde trabajo. Es una gran publicidad para la empresa. ¡Una de sus modelos, elegida belleza del país! Deberían desterrar esos concursos.

—Ahora sí son eficaces, Julie. Sin truco ni recomendaciones. Has sido valorada por tres magníficas computadoras.

—Muy gracioso.

Richard Clayton

detuvo el «Forbes-SK».

En el desértico terreno, la ausencia de vegetación era total. Una inmensa planicie de tierra rojiza; dorada por los últimos resplandores del sol.

Un silencio sepulcral reinaba en el lugar. Todo en absoluta paz.

—Estabas en lo cierto, Richard... Es un maravilloso espectáculo... Clayton pulsó un botón del salpicadero.

Una suave y romántica música, muy apropiada para el momento, se dejó oír. Richard Clayton la había programado con anterioridad en el *cassette.*

Su brazo derecho, tras quitar la roja capa, rodeó los hombros de Julie. Aproximó su rostro, mordisqueando la oreja femenina. La mano izquierda de Clayton accionó disimuladamente una pequeña palanca del tablero de mandos.

El asiento comenzó a reclinarse con lentitud.

Richard Clayton besó los labios de la muchacha. Esta cerró los ojos, aceptando de buen grado la caricia. Sus brazos se enroscaron en el cuello de Clayton.

Cuando Julie abrió los ojos, se percató de que el asiento había cambiado de posición. Ahora, en horizontal, se había unido al tapizado posterior.

—Richard...

—¿Sí, nena? —jadeó Clayton, deslizando sus labios por el cuello de la joven.

—Así no podemos contemplar la caída del sol.

Clayton reprimió la fea palabra que había acudido a su mente. Fijó la mirada en Julie. La vio reír, divertida.

Volvieron

a unir sus labios.

Por segunda vez, los brazos de la muchacha atenazaron el cuello de Clayton. Súbitamente, el cuerpo de la joven quedó rígido.

En tensión.

Clayton, al percatarse de ello, se separó de la mujer. Arqueó las cejas, al descubrir una mueca de terror en el rostro de Julie.

—Julie..., ¿qué te ocurre?

Los desorbitados ojos de la muchacha estaban fijos en el techo del auto.

—Allí... He visto pasar un OVNI.

Richard Clayton quedó con la boca entreabierta. Sacudió la cabeza, temiendo haber oído mal.

—¿Cómo has dicho?

—Estoy segura, Richard. Era un OVNI... Se detuvo unos segundos.

—¿De veras? Los platillos voladores abundan en el cielo de California. Dejemos en paz a los extraterrestres, y volvamos a lo nuestro.

Richard Clayton abarcó nuevamente la cintura femenina, pero al intentar unir sus labios a los de Julie, fue rechazado.

—¡No estoy bromeando, Richard!

Clayton se incorporó.

Alzó la mirada, fijando sus ojos en el techo del auto. La visión era nítida. Perfecta. Proporcionada por el techo de cristal, cuya composición anulaba los rayos nocivos y filtraba la luz solar.

Richard Clayton suspiró, resignado. El hechizo se había roto.

Hizo subir el respaldo del asiento, desconectando el *casette.*

Encendió un cigarrillo.
—¿Qué forma tenía? ¿La del clásico platillo volador?
Julie denegó con nervioso movimiento de cabeza.
—Era... era como una esfera... No parecía metálica. Volaba a baja altura.
—¿Y el tamaño?
—Pues... de unos cuatro metros de diámetro.
Clayton, tras parpadear repetidamente, rió en estridente carcajada.
—¿Y a eso llamas tú un OVNI? Una esfera de cuatro metros de diámetro es más bien ridícula. Al menos, para ir volando por el espacio.
—Puede que tuviera alguno más, Richard; aunque volaba muy bajo, y me permitió verlo bien. No más de cinco metros. Estoy segura.
—*Okay.* Los invasores son del tamaño de las ratas. Cientos de ellos nos atacan, en esferas de cinco metros de diámetro.
Julie mesó nerviosamente sus largos cabellos.
Forzó una sonrisa.
—Me he comportado como una estúpida. Te parecerá absurdo, pero la visión de esa extraña esfera me impresionó. Se detuvo, quedando inmóvil. Como si quisiera observarnos.
—Hay infinidad de satélites artificiales que...
—No era uno de ellos, Richard. Totalmente distinto. Tenía un... algo especial. Difícil de definir. La forma de detenerse y reanudar su marcha, a escalofriante velocidad, no es la propia de los satélites artificiales o de control meteorológico. Ya te he dicho que no parecía metálico. No destellaba.
—Los expertos en cosmología están lanzando al espacio infinidad de aparatos de reducido tamaño. Pudo ser cualquiera de ellos.
—Puede que estés en lo cierto. Resulta extraño que...
¡Richard! ¡Ahí está otra vez!...
¡Allí!...
Julie *t* gritó, señalando al frente.

Una esfera, una bola sin brillo alguno, parecía surgir del horizonte. Del mismo lugar en que el sol se ocultaba. A una pasmosa e inusitada velocidad.

Las manos de la muchacha se aferraron al brazo derecho de Clayton. En convulsivo temblor.

—¿Qué puede ser eso, Richard?

—No lo sé...

—¡Se ha detenido!

En efecto.

La esfera había quedado inmóvil en el aire. A una considerable altura. Por espacio de unos interminables segundos. Al ponerse de nuevo en movimiento, lo hizo con lentitud. Su trayectoria fue corta.

Volvió a detenerse.

Quedó perpendicular al auto.

—Dios mío... Parece estar observándonos...

Richard Clayton había deslizado el techo de vidrio para mejor contemplar el extraño objeto.

—Algo más que observarnos, Julie...
—¿Qué quieres decir?
—Juraría que se dispone a atacar.
Las palabras de Clayton resultaron proféticas.
Apenas pronunciarlas, la esfera
se puso en movimiento.
Velozmente.
Cayendo en vertical.
En dirección al auto donde se hallaban Clayton y Julie.

CAPITULO II

Julie gritó, aterrorizada.

La reacción de Richard Clayton fue más eficaz.

En un alarde de reflejos, accionó el contacto, pisando a fondo los pedales de aceleración. El «Forbes-SK» pareció saltar por el brusco arranque.

Pero aquello carecía de importancia.

Lo realmente vital era esquivar a aquel extraño objeto. Lo consiguió por escasas pulgadas.

El brutal impacto de la esfera contra el suelo levantó gran polvareda.

El sonido del choque fue audible en el interior del auto, pese a que el techo ya había vuelto a su posición normal.

Julie había ocultado el rostro entre sus manos. Continuaba gritando.

Richard Clayton, sin dejar de presionar los pedales de aceleración, giró la cabeza. Y lo que vio hizo reflejar en su rostro una mueca de asombro.

La esfera, tras su violento impacto, había vuelto a elevarse con redoblada velocidad. Verticalmente. Como si hubiera rebotado en el suelo.

Como una exhalación.

Tal fue su velocidad, que en fracción de segundo desapareció a los ojos de Clayton. Se elevó al cielo, convertida en un diminuto punto y pronto desapareció.

Clayton detuvo el «Forbes-SK». Aquello hizo

reaccionar a Julie.

—¡Por el amor de Dios, Richard!... ¡No te detengas!.. ¡No te detengas!... ¡Tenemos que salir de aquí!

—Cálmate, Julie... Tranquilízate... Ha desaparecido. Ya no existe ningún peligro.

La joven miró a su alrededor. Con atemorizados ojos.

—¿Qué..., qué ha ocurrido? —balbuceó.

—Evité el choque de milagro. Fue sorprendente, Julie... Pude verlo bien. Es una esfera negruzca. No te habías equivocado. Puede, incluso, que no llegue a los tres metros de diámetro. Sin brillo alguno. Tras el impacto, volvió a subir, siguiendo idéntica trayectoria que en su descenso. Como si hubiera rebotado en el suelo. Como una descomunal pelota de goma.

—Marchémonos de aquí, Richard.

—Antes, echaré un vistazo a...

—¡No, Richard! ¡Te lo suplico! —imploró desesperadamente la muchacha.

—

Quédate
en
el
auto.
Clayton hizo girar el volante, enfilando
hacia el lugar del impacto. Detuvo el
vehículo a poca distancia del cráter.
—
Richard,
por
favor...
Clayton hizo caso omiso a los ruegos de la joven. Atrapó una de sus cámaras fotográficas, descendiendo del «Forbes-SK».
El profundo semicírculo dibujado en el terreno daba idea de la violencia del impacto.

Con toda seguridad, hubiera aplastado el auto. Clayton disparó repetidamente su cámara. Desde distintos ángulos.

Julie, incapaz de permanecer sola en el auto, había acudido junto a Richard Clayton.

Su curiosidad dominó al miedo.

Contempló detenidamente el cráter.

—La altura no era tan considerable como para producir este profundo cráter, ¿verdad, Richard?

—Cierto. Pero esa misteriosa esfera tenía vida propia. Se lanzó sobre nosotros, impulsada por una extraña fuerza. No cayó por efectos de la gravedad terrestre.

Clayton se había inclinado sobre el cráter.

Extendió su diestra, pasando la yema de los dedos por la amplia huella trazada en el duro terreno.

Sus dedos se impregnaron de un líquido viscoso. Negruzco y muy pegajoso.

—Es curioso... La huella dejada por la esfera indica que estaba recubierta por un líquido pegadizo... Pudiera ser una capa de pintura.

—Vámonos de aquí, Richard... Ya está oscureciendo.

—Sí, tienes razón.

Se introdujeron en el «Forbes-SK». Julie encendió

un
cigarrillo.
—¿Cuándo alcanzaremos la «auto-levapad»?
Clayton consultó la diminuta pantalla de su reloj de pulsera.
—Antes de una hora. Pasaremos por Thulinsville, y luego ya viajaremos en la «auto- levapad». Allí, descansaremos. ¿Tienes hambre? Podemos hacer un breve alto en Thulinsville.
—Dudó que pueda retener algo en el
estómago. Estoy mareada y... Richard
Clayton sonrió animosamente.
—Eso es debido al susto, Julie. También yo tengo aún la piel de gallina. ¿Por qué no olvidamos el incidente?
—¿Crees poder hacerlo?
El auto había abandonado la rojiza planicie para
adentrarse en una asfaltada carretera. Clayton accionó el
conductor automático.
Sus brazos
rodearon la
cintura de Julie.
La atrajo contra
sí, besándola en
la boca.
El cuerpo de Julie se estremeció, pero no era debido a las caricias. La joven continuaba atemorizada.
Richard Clayton lo
comprendió. Abrazó
protectoramente a
Julie. Permanecieron
entrelazados un largo
trayecto.
Ocurrió al pasar por una solitaria granja, situada a unas doscientas yardas de la carretera.
Bruscamente.
Sin el menor fallo de aviso.
El conductor automático saltó, perdiendo el control del
vehículo.

Richard Clayton se vio obligado a soltar a la muchacha, haciendo nuevamente gala de sus reflejos. De sus nervios de acero. Aferró el volante, dominando los mandos. Frenó el «Forbes-SK».

—¿Qué ha ocurrido, Richard?

—No sé qué diablos ha afectado al radar del automático... Todo el panel ha saltado, hecho trizas. Inexplicablemente. Fue al aproximarnos a la granja.

—¿Alguna avería más?

—No, afortunadamente. Seguiremos viaje. Ya estamos a poca distancia de Thulinsville.

—¿Me permites conducir a mí, Richard? —inquirió Julie—. Así me calmaré.

—Como gustes.

Clayton descendió del auto para permitir que la joven se acomodara en su asiento. Se disponía a abrir la portezuela, pero interrumpió el iniciado ademán. Sus ojos estaban fijos en la granja cercana.

No vaciló.

—Espera unos minutos, Julie. Vuelvo al instante.

—¡Richard!...

No quiso oír la llamada de Julie.

Richard Clayton era un periodista nato. Su instinto parecía indicarle que en aquella casa existía algo noticiable. Algo extraño, que hizo saltar el panel del conductor automático.

Comenzó a caminar hacia la granja. A grandes zancadas.

La casa, junto con un prefabricado pabellón, se alzaba a unas doscientas yardas de la carretera. Varios de los ventanales aparecían iluminados.

Clayton llegó ante el porche.

Iba a subir los escalones, cuando

escuchó aquel extraño sonido. Se detuvo, aguzando el oído.

El sonido parecía surgir del longitudinal abrevadero situado paralelamente al pabellón. Hacia allí encaminó sus pasos.

La luz que se filtraba de los ventanales de la casa permitía contemplar la escena. Aquel burbujear procedía del abrevadero metálico.

Richard Clayton, treinta años de edad, rostro atractivo y enérgico. Complexión atlética. Conocedor de toda clase de métodos de lucha, capaces de eliminar al contrario sin utilizar armas. Con sus manos desnudas. Dotado de una inteligencia superior.

Así era Richard Clayton.

Y fue Clayton, al divisar el contenido del abrevadero, el que comenzó a temblar de pies a cabeza.

Convulsivamente.

Dominado por un infinito terror.

*

*

*

El cadáver de un hombre estaba sumergido en el agua del abrevadero.

Pero no era aquello lo más escalofriante.

Una capa viscosa recubría el cadáver. Una gruesa lámina de negruzco color. Palpitante. Pegadiza. Con cientos de anillos semejantes a los de un pulpo. Aquellas nauseabundas ventosas chupaban el cadáver. Produciendo aquel siniestro sonido burbujeante.

La deforme masa se introducía por la nariz, ojos, oídos y boca del cadáver, a la vez que recubría totalmente el inerte cuerpo.

Atenazándole.

El cadáver había adquirido un tono verdoso.

Súbitamente, aquella viscosa masa quedó inmóvil. Rígida.

Como si hubiera detectado la presencia de Richard Clayton. Pareció extenderse aún más. Soltó su presa, desparramándose por las paredes exteriores del abrevadero. Dejando tras sí el líquido negruzco y pegajoso.

Avanzando hacia Richard Clayton.

Las anillas ventosas continuaron emitiendo aquel espeluznante sonido.

Clayton, aunque paralizado por el terror, reaccionó, precipitándose hacia la casa. Subió los escalones del porche, golpeando una y otra vez la puerta. La hoja cedió.

No llegó a penetrar en la casa.

Quedó bajo el umbral.

Nuevamente presa del terror.

Un hombre y una mujer estaban arrojando cubos de agua sobre el cadáver de una muchacha. En la estancia, un amplio

salón-comedor, se veían tres deformes masas viscosas, iguales a la del abrevadero. Con sus ventosas reptando por el suelo y paredes. Dominando por completo la habitación.

El hombre y la mujer no parecían inquietarse por tan monstruosa compañía. Unicamente les preocupó la presencia de Clayton.

El rostro del individuo estaba recubierto por un negruzco líquido, que rezumaba por sus ojos y boca.

Se hallaba al fondo de la estancia.

Unas tres yardas le separaban de Clayton.

—¿Quiénes son ustedes? —tartamudeó Richard Clayton, con voz apenas audible. No pudo seguir hablando.

Lo que ocurrió a continuación le heló la sangre. Le hizo parpadear de indescriptible asombro y terror.

El individuo había extendido su brazo derecho. Sin moverse del lugar donde se hallaba.

Y su brazo se alargó de forma inverosímil. Como si fuera de goma. Cruzando la sala y tendiendo la mano hacia la garganta de Clayton.

El brazo adquirió una longitud de dos metros. Alargándose a voluntad del individuo.

El instinto de conservación hizo reaccionar a Richard Clayton. Ladeó la cabeza, esquivando aquella zarpa que amenazaba atenazar su garganta. Giró, abandonando la casa como alma que lleva el diablo.

Al descender los escalones del porche, vio cortado el paso por la deforme masa salida

del abrevadero. Se había extendido, formando una fuliginosa y pegadiza alfombra.

Richard Clayton, con la frente cubierta de frío sudor, retrocedió.

Corrió hacia el auto.

La oscuridad de la noche no había permitido a Julie contemplar la alucinante escena.

Las doscientas yardas que separaban la casa de la carretera fueron recorridas por Clayton a pasmosa velocidad.

—¡En marcha, Julie! —gritó Clayton, abriendo la portezuela del auto.

—¿Qué sucede?

—¡Obedece, maldita sea!

La muchacha puso en marcha el vehículo.

La potencia del «Forbes-SK» se hizo patente al surcar el asfalto. Julie, con los dedos crispados sobre el volante, inquirió:

—¿Qué ha ocurrido, Richard? ¿Qué has visto en esa casa?

Clayton se había apoderado de la plana botella de whisky, acoplada en el mueble-bar del vehículo.

No se molestó en coger uno de los diminutos vasos.

Bebió un largo trago, aplicando el gollete a los labios.

Cuando hubo acompasado su agitado respirar, ya más tranquilo, encendió un cigarrillo.

Exhaló una bocanada de azulado humo.

—Nos detendremos en Thulinsville, Julie. Y no precisamente para cenar. Creo que vomitaría hasta mi primera papilla. Debo comunicar algo a las autoridades.

—¿Qué ha sucedido, Richard? —volvió a interrogar Julie—. ¿Por qué has salido huyendo de aquella casa? ¿Has visto algo relacionado con esa esfera?

Clayton no replicó.

El viscoso líquido que dejaba la negruzca masa era semejante al hallado en el cráter. Pero Clayton guardó silencio.

No quería aterrar aún más a la muchacha. Además... ¿cómo explicarle lo que había visto? ¿Cómo decirle que había sido atacado por un hombre de goma?

CAPITULO III

Thulinsville era una de las pocas localidades californianas que se habían salvado, por el momento, de la conurbación (1). Aún no formaba parte del descomunal núcleo de Los Angeles.

(1) Formación de grandes zonas metropolitanas, debida a la fusión de comunidades contiguas.

Era agradable vivir en Thulinsville.

Una ciudad que, pese a aproximarse al millón de habitantes, resultaba acogedora. Incluso pequeña.

Thulinsville era también una de las contadas ciudades californianas que permitían la entrada de vehículos en su casco urbano.

Richard Clayton dejó a su bella acompañante en el Ruddy Hotel. El siguió al volante del «Forbes-SK», enfilando por la longitudinal Kahn Avenue para, minutos más tarde, desembocar en Donen Square.

Uno de los edificios de la plaza estaba destinado a la Central Security Agency. La organización de defensa más poderosa. Allí se agrupaban la Air Force Intelligence, la US. Army y la Office of Naval Intelligence. Bajo un mismo mando con sede central en Washington.

Clayton no se conformó con ser recibido por un agente de la CSA; sino que solito entrevista con el inspector-jefe.

Stanley Leibman, director de la Central Security Agency en su delegación de Thulinsville, escuchó la narración de Richard Clayton, sin pestañear.

—Afirmó ser periodista, ¿verdad, Clayton?

—¿Acaso no ha inspeccionado

mi ficha? Stanley Leibman sonrió.

Cuando Richard Clayton solicitó la entrevista, fueron tomadas sus huellas dactilares que, pasadas a la sala de computadoras, dieron en pantalla el historial completo de Clayton. Desde su nacimiento. Otro apartado resumió aquellos datos en una ficha. Todo ello, en una fracción de segundo.

Y aquella ficha estaba ya en manos del inspector de la CSA.

—Cierto, Clayton. Tengo su historial ante mis ojos. Y me sorprende que un periodista de sus cualidades sea capaz de tan absurda patraña.

—¿Por qué no la comprueba?

—Por supuesto que lo haré, Clayton. Sígame.

El despacho de Stanley Leibman era espacioso.

Al aproximarse a una de las paredes, se elevó automáticamente una puerta de guillotina. Se adentraron en la sala de intercomunicación.

Clayton no se inmutó.

Todo aquello resultaba insignificante, conociendo los laboratorios de la Central Security Agency, enclavados en Los Angeles o San Francisco. Y éstos, a su vez, eran ridículos, al compararlos con la sede central de Washington.

El propio inspector Leibman manipuló en uno de los paneles.

—La casa que menciona es una pequeña granja, construida por el doctor Albert Mills. Habita en ella con su hermano Ralph, su esposa Dorothy Mills y su hija Angie. ¿Es ésta la casa?

En la pantalla se sucedieron velozmente varias fotografías. Desde todos los ángulos.

Abarcando, también, el pabellón.

Richard Clayton se impacientó.

—Sí, ésa es la granja; pero creo que perdemos el tiempo en...

—Un poco de paciencia, Clayton. Ahí tiene al doctor Albert Mills. Cincuenta y dos años de edad, ingeniero de la Dolyn Aerosystem Company hasta 1996. Actualmente, en la Wise Planting. Tiene domicilio en Thulinsville, pero, por su trabajo en la Wise Planting, prefiere habitar en la granja.

—Ese es el hombre que vi muerto en el abrevadero metálico. El inspector ignoró el comentario de Clayton.

En la pantalla apareció el rostro de otro individuo. Las letras se iban formando con pasmosa rapidez. Ralph Mills, cuarenta y ocho años de edad, también ingeniero y asimismo empleado en la Wise Planting.

Richard Clayton volvió a impacientarse.

—Oiga, Leibman... No me cree, ¿verdad? Ya he identificado la casa. ¿Por qué no envía a varios de sus agentes? La muchacha que...

—¿Esta?

En la pantalla apareció ahora el rostro de una joven. Se informaba de su edad y demás datos personales. Angie Mills,

dieciocho años, hija de Albert Mills y Dorothy...

—Sí, maldita sea. Esa es la muchacha que yacía en el suelo. Y Ralp Mills y Doroty Mills, arrojando cubos de agua sobre ella.

—¿Para reanimarla? Clayton entornó los ojos. Furioso.

—No se reanima a nadie arrojando cubos de agua, Leibman. ¿Piensa hacer algo positivo o prefiere que acuda a la CSA de San Francisco?

—¿Me está amenazando?

—Sólo trato de...

—Perfecto, Clayton —interrumpió secamente el inspector Leibman—. Enviaré ahora mismo a un par de agentes. Y usted irá con ellos.

Richard Clayton sintió un escalofrío.

Pero reaccionó con una dura sonrisa. No le importaba volver.

Aunque para ello tuviera que enfrentarse a aquellos monstruosos seres.

*

*

*

La azotea del edificio de la CSA de Thulinsville era utilizada como helipuerto. De allí partió Richard Clayton, en compañía de tres agentes.

En un helicóptero «Grant 27-H» de cinco plazas. Capaz de alcanzar una velocidad de trescientos kilómetros por hora. Dotado de dos ametralladoras en el morro, cohetes y misiles.

También los tres agentes de la Central Security Agency iban equipados con las más modernas armas.

Antes de los treinta minutos de vuelo, divisaron la granja.

Los focos del helicóptero iluminaron un amplio sector de la zona. Inició la toma de tierra. Su motor principal bipala dejó de funcionar. El tren de aterrizaje de patines entró en contacto con el suelo.

Uno de los agentes quedó en el vehículo.

Los otros dos hombres y Richard Clayton se encaminaron hacia la casa. Clayton se había aproximado al abrevadero metálico.

No se sorprendió de verlo limpio v reluciente. Repleto de cristalina agua. Ni rastro del cadáver.

Retomó junto a los dos agentes, que ya subían los escalones del porche.

Un individuo, al que Clayton reconoció como Ralph Mills, apareció con una mueca de estupor en su rostro.

Richard Clayton tragó saliva.

Aquel individuo era el que «alargó» su brazo hasta proporcionarle una longitud de más de dos metros.

—¿Qué ocurre?... ¿Qué significa esto?

—Vamos a registrar la casa —dijo con rutinaria voz uno de los agentes.

—¿Por qué? —interrogó Ralph Mills—. ¿Tienen orden de registro? El agente mostró su credencial.

—Somos de la Central Security Agency. No necesitamos ninguna orden. ¿Es usted Albert Mills?

—Soy su hermano. ¿Puedo saber qué...?

Los dos agentes de la CSA eran hombres de acción. Empujaron a Ralph Mills, penetrando en la casa. Seguidos de Richard Clayton.

En el salón-comedor se hallaban un hombre y una mujer.

Albert Mills y su esposa. Acomodados en el sofá que adornaba la estancia. Ambos contemplaron, perplejos, a los recién llegados.

Pero el más sorprendido era Richard Clayton. La sangre fluyó de su rostro.

Quedó lívido.

Aquel hombre, Albert Mills, era el que horas antes estaba en el abrevadero. Recubierto por aquella viscosa masa móvil.

—¿Quiénes son ustedes?

—Son agentes de la CSA —respondió Ralph Mills a su hermano—. Quieren registrar la casa.

Albert Mills no se molestó en indagar los motivos.

Sabía que los agentes de la Central Security Agency jamás daban explicaciones.

En ese instante, se abrió una de las puertas del salón. Apareció una muchacha. En sus manos un horno esférico portátil. Las dos semiesferas transparentes permitían ver el dorado pollo asado.

Richard Clayton acudió a ayudar a la joven.

Para mejor fijar su mirada en ella.

—Hola, Angie.

La muchacha parpadeó.

—¿Nos conocemos?

—Hace un par de horas te vi en el suelo. Tu madre y tu tío te arrojaban cubos de agua.

El estupor se acentuó en el rostro de la joven. También la señora Mills y Ralph Mills intercambiaron perplejas miradas.

—¿De qué está hablando? —interrogó Albert Mills.

Antes de que Clayton respondiera, intervino uno de los agentes.

—Ya hemos terminado, señor Mills. Perdone las molestias. Buenas noches.

—Oiga, agente...

—¿Qué quiere ahora, Clayton?

¿Alguna otra estupidez más?

Richard Clayton apretó con fuerza las mandíbulas.

Dirigió una penetrante mirada a Albert Mills.

Al «cadáver».

Los grises ojos de Clayton trazaron luego una amplia mirada por la estancia. Por el suelo y paredes. Por donde antes reptaban aquellas nauseabundas y deformes masas viscosas.

Y ahora...

Nada.

Ni la menor huella.

—En marcha, Clayton -—ordenó el agente de la CSA—. No nos agrada perder el tiempo.

Se encaminaron hacia la puerta de salida.

Una idea pasó por la mente de Clayton. No se detuvo a razonarla. Y, sin embargo, la llevó a efecto.

Tendió su diestra hacia Ralph Mills.

—Le ruego me disculpe, señor Mills. He sufrido un pequeño error y... Ralph Mills le

había ofrecido su mano.

Fue entonces cuando Clayton, súbitamente, tiró de ella. Con fuerza.

En el rostro de Ralph Mills, una mueca de dolor.

Nada más.

Su brazo derecho no sufrió alteración.

—¡Maldita sea!... ¿Se ha vuelto loco? Voy a hacer que le...

Los dos agentes de la CSA retrocedieron para hacerse cargo de Clayton. Tras ellos, resonaban las airadas protestas de Ralph Mills.

Los dos hombres de la Central Security Agency no pudieron evitar una carcajada.

—¿Qué diablos pretendía, Clayton? ¿Que el brazo de Mills se alargara como goma de mascar? Creo que el inspector Leibman debió enviarle al infierno. El recurrir a la Central Security Agency con falsas alarmas está penado, Clayton.

Richard Clayton no replicó.

No parecía oír las palabras del agente. Mesó nerviosamente sus cabellos.

No estaba loco.

El vio aquella viscosa masa cubrir el cuerpo de Albert Mills. Introducir su negruzca y pegajosa sustancia por los ojos, por la nariz, por la boca.

Y sin embargo, Albert Mills estaba con vida.

Al igual que su hija.

Nada parecía haber ocurrido en la granja.

Pero Richard Clayton estaba seguro de que algo extraño y diabólico se desencadenaba en aquella casa.

Debía descubrirlo.

Antes de que fuera demasiado tarde.

CAPITULO IV

Richard Clayton penetró en el Ruddy Hotel.

En recepción le indicaron que Julie Simmons se había retirado a su habitación.

—¿Hace mucho tiempo?

—Alrededor de los cuarenta minutos. Se le ha destinado la habitación número 806, señor Clayton. Contigua a la de la señorita Simmons.

—Gracias.

Richard Clayton se introdujo en uno de los elevadores. Pronunció el número de su habitación, siendo captado por el interfono acoplado en el interior.

La ficha circular metálica, con el número 806 grabado, fue introducida en la puerta correspondiente. La hoja se abrió automáticamente.

Clayton penetró en la estancia.

La ficha, del tamaño de una moneda, fue recuperada, quedando así la puerta herméticamente cerrada.

—Hola, Richard.

Julie se hallaba en la habitación.

Había entrado, utilizando la puerta que dividía ambas estancias.

La muchacha estaba acomodada en uno de los sillones. Frente al televisor inalámbrico situado en uno de los muebles.

Richard Clayton había acudido a la máquina autoservicio, pulsando varios botones. A los pocos segundos, por la bandeja de recuperación, apareció una cajetilla de tabaco, un tubo de Asper-2 y una plana botella de brandy. También fue deslizado el ticket con el importe.

Clayton se acomodó junto a la joven.

Tomó dos comprimidos de Asper-2 con una copa de brandy.

—¿Jaqueca, Richard?

—Sí.

—¿No crees que merezco una explicación? ¿Por qué hemos interrumpido el viaje? El pasar la noche en Thulinsville

me ocasiona graves trastornos. Mañana a primera hora debería estar en...

—Lo lamento, Julie. Es lo único que puedo decirte.

La seca respuesta de

Clayton hizo parpadear a la

joven. Se aproximó a él.

—Sospecho lo que sucede, Richard. Has denunciado el ataque del misterioso objeto volador, ¿verdad? Y no te han creído. Se han burlado de ti.

Clayton esbozó una sonrisa.

Julie aún ignoraba el monstruoso descubrimiento de la granja. Aquella horrible pesadilla de viscosas masas penetrando en el interior de un cuerpo humano. Por sus ojos, por su nariz, por su boca.

Y el cadáver, el de Albert Mills, había vuelto a la vida.

También Ralph Mills, de cuyos ojos y boca rezumaba aquel negruzco y pegajoso líquido, se comportaba como si nada hubiese ocurrido. Y Angie Mills. Y Dorothy...

Sí.

Era preferible que Julie desconociera toda aquella alucinante historia. Posiblemente, no guardara relación con el ataque del objeto volador.

—No, Julie. No me han creído.

—No les culpo. Hablar ahora de un OVNI resulta desfasado. Incluso ridículo. ¿Nos olvidamos de ello?

—Me parece una magnífica idea. Julie sonrió.

Entreabrió sus gordezuelos labios aproximándolos a los de Clayton.

La muchacha lucía un breve y provocativo camisón en gasa *s h a f f .* Transparente. Estampado en diminutas figuras geométricas estratégicamente distribuidas.

Clayton abarcó la cintura femenina. Se unieron en un largo beso.

Con desaforada pasión. Como si aquello les ayudara a olvidar los acontecimientos del día.

—Tienes el pelo mojado.

—He tomado un baño durante tu ausencia. Me hizo bien para relajar los nervios.

—¿No tiene secador tu cuarto de baño?

—Pues... a decir verdad, no reparé en ello. Estaba inquieta por tu tardanza y quise esperarte aquí. Ni tan siquiera me percaté de que dejaba el pelo sin secar. Creo que aún estoy algo aturdida.

—Necesitas descanso, Julie. Ya tengo el boleto para la «auto-levapad». Saldremos a primera hora de la mañana.

—Perfecto, Richard. Espero estar en condiciones para

iniciar la jornada. Buenas noches.

La muchacha se encaminó hacia la puerta que dividía las dos habitaciones. Con innato ondular en sus torneadas caderas.

Las tres computadoras no se habían equivocado.

Julie Simmons era la mujer más seductora de Estados Unidos.

Penetró en su habitación, cerrando tras sí.

Richard Clayton lamentó no encontrarse en mejor estado de ánimo. Julie era capaz de enloquecer a cualquier hombre. De hacerle olvidar todo.

¿Todo?

Clayton encendió un cigarrillo.

El no podía olvidar el espeluznante episodio vivido en esa granja.

¿Cómo borrar de su mente aquella alucinante escena? Aún se estremeció al rememorar cómo el brazo de Ralph Mills, alcanzando una longitud supranatural, se extendió, buscando su garganta.

Difícilmente olvidaría.

Richard Clayton, tras una segunda copa de brandy, abandonó la reducida antesala, pasando al dormitorio. Pulsó el interruptor, abatiéndose de una de las paredes la circular cama que se iba formando automáticamente.

En el cuarto de baño escogió al azar una de las precintadas cajas. Contenía un pijama en tejido de papel desechable. Una gentileza del Ruddy Hotel para los que, como en el caso de Clayton, viajaban sin equipaje.

Julie sí se había desplazado con un ligero portavestidos, ya que los diferentes actos a realizar en la Wise Planting la obligaban a cambiar de vestuario.

Richard Clayton se acostó en el circular lecho no sin antes apoderarse de su pequeño cuaderno y de la pluma esferográfica.

Comenzó a escribir.

Fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Por espacio de veinte minutos. En su cuaderno quedó narrado, con dinámico estilo periodístico, todo lo acontecido desde su salida de la Wise Planting.

Clayton consultó la minipantalla de su reloj de pulsera. Manipuló en el despertador automático para que sonara a las siete horas.

Acto seguido, atrapó el teléfono situado sobre la mesa de noche y, tras accionar la palanca de comunicación interior, tecleó, marcando el número 804.

Le llegó la voz de Julie:

—¿Sí?

—¿Aún despierta, Julie? —sonrió Clayton—. De no haber contestado de inmediato, hubiera colgado el auricular para no turbar tu sueño. ¿Qué estás haciendo?

—-Leyendo una revista. Ya estoy en la cama, pero no puedo conciliar el sueño. ¿A qué hora me llamarás, Richard?

—De eso quería hablarte. ¿A las siete?

—De acuerdo.

—Buenas noches, pequeña.

—Hasta mañana, Richard.

Clayton depositó el aparato en su base oval.

También Julie Simmons dejó el micro en la mesa de noche, pero no se hallaba en el dormitorio.

Había mentido a Clayton.

Julie estaba en la sala de baño.

Unas tres yardas la separaban de la mesa de noche. Pero aquello no era obstáculo para que alcanzara el teléfono.

Porque el brazo derecho de Julie se alargaba

desmesuradamente hasta alcanzar la longitud deseada.

CAPITULO V

La «auto-levapad», con estación de recepción en Thulinsville, unía Los Angeles con San Francisco. Era la supercarretera electrónica más moderna de Estados Unidos. Los vehículos se desplazaban a una velocidad aproximada a las doscientas millas por hora. Controlados por el «cerebro» de la carretera, consistente en una computadora portátil, sujeta a la parte trasera del auto y sintonizada al sistema guía colocado bajo la superficie de la «auto-levapad».

El conductor sólo tiene que presionar un botón de su computador, indicando su destino. Lo demás, dirección, aceleración, frenado y abandono de la plataforma es realizado automáticamente.

La terminal, en el extrarradio de San Francisco, es una compleja estación receptora. El «Forbes-SK» de Richard Clayton ya había dejado atrás la estación término.

Era conducido manualmente por Clayton, aproximándose a la zona urbana de San Francisco,

—¿Vas ahora a tu apartamento, Julie?

—No. Demoraría mi entrada al trabajo. Y el pase de modelos es a las diez. Ya he faltado a mi cita con la productora cinematográfica, pero eso no tiene importancia. Puedes dejarme en Bayley Hills. El aerobús me llevará.

—Como prefieras. ¿Cuándo volveré a verte?

—Yo te telefonearé. Clayton sonrió.

—¿Seguro?

—Puede que esta misma noche, si es que estás dispuesto a

invitarme.

—Cuenta con ello, Julie. Quiero que olvides el mal sabor de la cena de ayer.

—

¿Ayer?... ¡No probé bocado! Los dos rieron alegremente.

El auto ya se había adentrado en Bayley Hills.

Richard Clayton detuvo el «Forbes-SK» frente a una de las torretas-ascensor que conducía al aerobús. Se inclinó sobre la muchacha, besándola.

—Esperaré tu llamada, Julie.

—Hasta pronto, Richard.

Julie descendió del auto, portando en su diestra una pequeña valija. El «Forbes-SK» reanudó la marcha.

La legendaria ciudad de San Francisco, en sus viejas zonas de Russian Hill, Telegraph Hill, Nob Hill..., estaba acordonada por un «cinturón electrónico de control». Respaldado por eficaces agentes de tráfico. Ningún vehículo podía circular por el núcleo de la ciudad, sin un permiso oficial.

Richard Clayton llegó ante el riguroso control.

Introdujo su tarjeta perforada en uno de los túneles de entrada. La máquina receptora se la devolvió, a la vez que se levantaba la barrera, permitiendo el paso del vehículo.

Minutos más tarde, el «Forbes-SK» ya enfilaba en dirección a Market Street. El recorrido por las calles de San Francisco, antaño plagado de dificultades, era rápido y ordenado. Los permisos de circulación en el interior de la ciudad eran difíciles de

conseguir por el ciudadano medio.

Clayton estacionó en el *parking* del 1876 de Jon Street. Muy cerca de la Pacific Avenue. Se introdujo en el elevador del edificio. Destinado en su totalidad al *San Francisco Tribune.*

Dejó la cabina para recorrer una amplia sala, donde hombres y mujeres trabajaban febrilmente, rodeados de máquinas y computadoras.

Una joven acudió a su encuentro.

—¡Richard!... ¿Se puede saber qué te ha ocurrido? El jefe ha jurado despedirte. El artículo sobre la Wise Planting tenía que haber salido ya.

—Tuve que pasar la noche en Thulinsville.

—¿Con Julie Simmons?

Clayton dirigió una burlona mirada a la muchacha.

Paulette Greyn. Veinticuatro años de edad. Llevaba un par de meses en la redacción del *San Francisco Tribune.* Aún no había tenido oportunidad de demostrar sus cualidades periodísticas; pero sí otros detalles muy interesantes.

Como ahora mismo.

Con aquel reducido jersey en peto realizado con hilo • dorado que se unía a la corta falda por medio de una franja de tejido' transparente color carne. Su cimbreante cintura al descubierto. Sus piernas de largos y esbeltos muslos, mostradas con generosidad.

Sí.

Paulette poseía muchas cualidades.

—¿Estás celosa, Paulette?

—¿Yo? No seas ridículo. Eres un engreído. Has abusado en demasía y el jefe está realmente furioso. No es la primera vez que demoras la entrega de un original, pero el de ayer era muy importante.

De un interfono próximo resonó una potente voz:

—¡Clayton!... ¡Acuda a mi despacho de inmediato!

Richard Clayton sonrió, palmeando la mejilla de la joven.

—No te preocupes por mí, pequeña.

—Me tiene sin cuidado lo que pueda sucederte, Richard.

Clayton se alejó, sorteando las múltiples mesas y máquinas electrónicas que dominaban la sala. Era consciente de que el director del *San Francisco Tribune* le observaba por las pantallas de circuito cerrado.

Peter Brolin, director propietario del periódico, era un individuo de unos cincuenta años de edad. Un hombre de grandes cualidades. Lo demostraba el hecho de que aún conservara el mayor número de acciones del *San Francisco Tribune.* Heredó el periódico en una difícil época; pero consiguió sobrevivir, después del grave conflicto económico de 1993.

—Siéntese, Clayton.

—Prefiero estar de pie.

Peter Brolin golpeó, furioso, su mesa escritorio.

—¡Maldita sea! ¿No puede obedecer un sola vez? ¡He dicho que tome asiento!

Richard Clayton retuvo la sonrisa que asomaba a sus labios.

Se acomodó en uno de los

sillones que adornaban la estancia.

Brolin le estudiaba con destellantes ojos.

—Estoy esperando una explicación, Clayton. ¿Qué diablos le ocurrió? ¿Por qué no presentó ayer su reportaje sobre la Wise Planting?

—Me vi obligado a pasar la noche en Thulinsville.

—¿De veras? Eso no le impedía transmitirnos su crónica.

—No reparé en ello. Estaba algo aturdido por los acontecimientos. El director del periódico arqueó sus pobladas cejas.

—¿Acontecimientos? ¿A qué se refiere?

Richard Clayton llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo su cuaderno de notas, que tendió a Brolin. También un rectangular sobre conteniendo varias fotografías.

Peter Brolin inició la lectura.

Su rostro, en principio, enrojeció; pero paulatinamente se fue calmando para concluir en desaforada carcajada.

Clayton

no se inmutó. Esperaba aquella reacción.

—Gracioso, ¿verdad, señor Brolin?

—¡Seguro! El gran Richard Clayton nos sorprende ahora con una historia de alienígenas. Los lectores ancianos se mostrarán muy satisfechos. Les recordará viejos tiempos. Extraterrestres, OVNI, androides... Muy divertido.

—¿También las fotografías?

—Ah, es cierto... las fotografías... ¡Las pruebas!... ¡Las valiosas pruebas del ataque alienígena!

—Correcto, señor Brolin.

La fingida expresión jovial desapareció bruscamente del rostro de Peter Brolin. Su puño derecho volvió a golpear la mesa.

—¿Correcto? ¡Y un cuerno! Ya hemos dejado atrás el año 2000. ¡Estamos en el siglo XXI! ¿No lo comprende? Estas absurdas historias ya no interesan a nadie. Mercurio, Venus y Marte, los planetas más próximos al Sol, han sido ya minuciosamente explorados. ¡Allí quedó la bandera de Estados Unidos! ¡No hay vida en ellos! En cuanto a los restantes planetas, aunque todavía no han sido pisados por el hombre, se deduce, sin lugar a duda que...

--Puede ahorrarse toda explicación científica, señor Brolin.

Yo vi la esfera voladora

estrellarse a escasas pulgadas de mi auto y luego subir a increíble velocidad. Siguiendo igual trayectoria que en su descenso.

—Una especie de meteoro. Conservamos muchos de ellos, tras su choque con la tierra. En el Museo Planetario de Nueva York puede verlos.

—Lo sé, señor Brolin. Y todos ellos de varias toneladas de peso y dibujando cráteres de muchos kilómetros de círculos. Yo le hablo de una esfera voladora de dos metros de diámetro.

—Comprendo. Y esas esferas se transforman en hombres-goma.

—Es mi hipótesis. Razonada tras lo ocurrido en la granja de los Mills.

—Oh, sí..., por supuesto. Su hipótesis razonada en varias cuartillas —Peter Brolin se

aproximó al ventanal de su despacho—. Unas últimas preguntas, Clayton... ¿Si arrojamos a uno de esos hombres-goma desde este noveno piso, volvería a subir hasta aquí, después de rebotar en el asfalto? ¿Cuántos balones de reglamento se podrían construir de un hombre-goma? ¿Los hombres-goma pueden masticar *chewing gum?* (1).

(1) Goma de mascar.

Clayton se incorporó.

Recogió su cuaderno y las fotografías.

En el despacho resonaban las estridentes carcajadas de Peter Brolin.

—Le agradezco el buen rato, Clayton. Me he divertido. Pero ahora ya puede volver a su trabajo, presentar el reportaje de la Wise Planting. ¡Y olvidar su absurda historia! ¿Me ha comprendido, Clayton? ¡Ni tan siquiera la mencione entre sus compañeros! ¡Sería el hazmerreír de todos!

—Muy bien, señor Brolin.

Richard Clayton hizo ademán de retirarse.

El director del *San Francisco Tribune* le alcanzó junto a la puerta.

—Escuche, Clayton... Lleva una larga temporada de duro trabajo. Lo reconozco. Su último permiso anual lo dedicó a escribir un libro que fue merecedor del premio St-Louis. Necesita descanso.

—Creí que me conocía mejor, señor Brolin. Sé distinguir entre la ficción y lo real.

—¿Qué le parece una semana de descanso, Clayton? —interrogó el director ignorando deliberadamente las palabras de Clayton.

—Haré algo mejor, señor Brolin.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Dentro de unos minutos, tendrá la respuesta.

Richard Clayton abandonó definitivamente el despacho, acudiendo a su mesa de trabajo. Atrapó el micro de la máquina de escribir electrónica, dictando su reportaje sobre la

visita efectuada a la Wise Planting. Tras recoger el folio impreso en la bandeja de salida, unió las fotografías obtenidas en Wise Planting. Todo ello fue introducido en un tubo cilíndrico, que dejó caer en una de las máquinas receptoras instaladas en la amplia sala.

Clayton encendió un cigarrillo.

Lo que iba a escribir a continuación debía hacerlo de su puño y letra. Unas breves líneas.

Dirigidas a Peter Brolin, director del *San Francisco Tribune.*

Richard Clayton presentaba su dimisión irrevocable. No explicaba los motivos que le impulsaban a tal decisión.

Imposible definirlos.

Pero su decisión era firme.

Ahora tenía otro trabajo.

Para realizar su peligrosa misión, no quería continuar ligado al *San Francisco Tribune.*

Necesitaba libertad de acción para descubrir el alucinante enigma de la granja de los Mills.

CAPITULO
VI

Richard Clayton tenía su domicilio en el 2.322 de Hunts Street. En pleno North Beach. Un pequeño apartamento dotado de los electrodomésticos más imprescindibles y con un moderno mobiliario no carente de comodidades.

Refrigerador termoeléctrico, lavador de platos, triturador, cocina y horno electrónico aparecían combinados en una sola unidad.

Richard Clayton, por norma general, realizaba sus comidas en el *snack* del *San Francisco Tribune* o en cualquier autoservicio. En su apartamento contaba con un buen surtido de alimentos congelados y deshidratados.

Clayton, tras abandonar la redacción del *San Francisco Tribune,* acudió directamente a su domicilio. Debía trazar un plan de acción.

Sin ayuda de nadie.

¿A quién acudir con la fantástica historia de los hombres-goma? Nadie le haría el menor caso. Máxime, después de la investigación llevada a cabo por los agentes de la CSA.

Reconocía que su hipótesis era totalmente absurda. Una masa viscosa, casi líquida, penetrando en el cuerpo humano.

Absurda.

Pero también resultaba disparatado el que un brazo alcanzara una longitud de tres metros.

Y aquel monstruoso fenómeno fue visto por Richard Clayton. No lo había soñado.

Debía actuar solo hasta conseguir pruebas contundentes.

Aquél era el punto de partida. El único lugar donde hallar pruebas.

Richard Clayton había almorzado ligeramente en el salón de su apartamento. Sin dar descanso a su mente. Aturdido por aquellos acontecimientos.

Con un cigarrillo humeando en los labios, se sirvió una

copa de brandy del mueble-bar. Abrió uno de los compartimentos de la biblioteca. Allí guardaba su «Felsen-99». Una automática alemana, de balas cónicas, con un cargador capaz de efectuar cincuenta disparos.

Clayton tenía licencia de armas.

Y estaba dispuesto a utilizar aquella potente «Felsen-99» si era necesario. Terminaba de ajustarse la funda sobaquera, cuando sonó el llamador de la puerta principal.

Acudió al *living* accionando el visor de la puerta

para identificar a su visitante. Era Paulette Greyn.

Su compañera del *San Francisco Tribune.*

Franqueó la puerta con amplia y cínica sonrisa en los labios.

—Qué agradable sorpresa, Paulette. Parece un sueño. Infinidad de veces rogando que aceptaras tomar unas copas en mi apartamento, y ahora apareces...

—Estoy aquí cumpliendo órdenes, Richard.

Clayton rodeó con su brazo derecho los hombros de la

muchacha.

—¿De veras? ¡Cruel desilusión! Creí que acudías a consolarme en la desgracia. Ya sabes que estoy sin trabajo, ¿verdad?

—Déjate de ironías, Richard. ¿Por qué has renunciado?

—Motivos personales.

Paulette abrió su bolso de mano para extraer un rectangular sobre que ofreció a Clayton. Este lo reconoció.

Era su carta de dimisión.

—No ha sido aceptada tu renuncia, Richard. El señor Brolin quiere que recapacites y...

—Me importan muy poco los deseos de Brolin —interrumpió Clayton secamente—. Ya he decidido. ¿Por qué diablos te ha enviado? ¿Acaso espera que me convenzas con arrumacos?

Paulette enrojeció.

Con airado gesto arrojó el sobre al suelo.

—Tu engreimiento es cercano a la estupidez, Richard. El señor Brolin no me envió para engatusarte. Me ofrecí voluntariamente. Al igual que otros compañeros de redacción. Se te aprecia en el *San Francisco Tribune,* pero tú no puedes comprenderlo. El señor Brolin, antes de tramitar tu dimisión, quiso darte la oportunidad de recapacitar. Tus compañeros, yo en primer lugar, deseamos que sigas con nosotros. ¿No quieres pensarlo? Muy bien. ¡Al diablo contigo!

Paulette giró, altiva.

No llegó a alcanzar la puerta.

Richard Clayton la atrapó por los hombros, obligándola a enfrentar sus miradas. Luego, sin pensarlo dos veces, le estampó un beso.

—¿Cómo... cómo te has atrevido?...

—Lo estabas deseando, Paulette.

—¿Yo?... ¿Que yo?... —balbuceó la muchacha, sin poder concluir la frase—. Eres un... Clayton sonrió.

—De acuerdo, pequeña. Dile a Brolin que reconsideraré mi actitud y que, mientras tanto, acepto la semana de descanso.

—¿Semana de descanso?

—Ajá.

—¿Puedo conocer la causa de tu... fatiga? Todos

trabajamos duramente, sin que se nos conceda el...

El timbre del teléfono interrumpió las palabras de Paulette. Clayton atrapó el supletorio del salón.

—¿Sí?

La voz que le llegó a través del micro le resultó familiar.

—¿Richard? Soy Julie.

—Ya te había reconocido, Julie. ¿Cómo te encuentras?

—Necesito verte, Richard. Ahora mismo.

La alterada voz de la mujer inquietó a Clayton.

—¿Ocurre algo, Julie?

—Ya te explicaré. Estoy en mi apartamento, Richard. La comunicación quedó cortada.

Clayton depositó lentamente el auricular en el platillo. Al alzar la mirada, descubrió el rostro de Paulette, rojo como la grana.

—Ya sé para qué necesitas esa semana de descanso, Richard.

—Oye, Paulette...

Ahora no pudo retener a la joven.

Paulette pasó al *living,* abandonando precipitadamente el apartamento.

Richard Clayton terminó por encogerse de hombros. Interiormente, le agradaban aquellos síntomas de celos en Paulette. Era una muchacha encantadora.

Cuando Clayton retornó de su dormitorio, ya dispuesto para marchar, se iluminó el avisador automático de la máquina facsimilar, empotrada en uno de los rincones del salón.

Richard Clayton dudó en acudir a accionar la palanca de funcionamiento.

Aquel aparato transmisor, por medio de señales electrónicas, reproducía en facsímile las noticias más importantes, en rigurosa exclusiva. Apenas producirse. Antes de que los periódicos y demás medios de información las divulgaran.

Clayton, por su profesión, contaba con una de aquellas máquinas. Pulsó la palanca.

En pantalla, letra a letra, a pasmosa velocidad, apareció la noticia.

Aquel aparato únicamente proporcionaba información de gran resonancia. El rostro de Richard Clayton adquirió una tenue palidez.

«Explosión en una de las naves termiónicas de la Wise Plantig. Karl Burdfiel, uno de los técnicos que se hallaban en el interior, ha sido milagrosamente rescatado con vida.»

Aquélla era la noticia.

Al carecer de víctimas, muchos la considerarían de poco interés. Tan sólo cuantiosos daños materiales.

Pero Richard Clayton le dio mayor importancia.

De la explosión en una nave termiónica difícilmente hay supervivientes. Sólo cadáveres.

A no ser que se trate de muertos

vivientes. Como el cadáver de Albert Mills.

CAPITULO VII

Richard Clayton no consiguió estacionar en el *parking* del 1.820 de la Catlin Avenue. Las plazas privadas de aquel descomunal edificio dejaban poco espacio para los ocasionales visitantes.

Aun a riesgo de una fuerte sanción, dejó el «Forbes-SK» en zona prohibida. Próximo al 1.820 de la Catlin Avenue.

Aquél era su destino.

El edificio contaba con cuatro entradas principales.

Richard Clayton penetró por una de ellas para encaminarse a los elevadores de la sección «D». Lo abandonó al llegar a la novena planta.

Avanzó por uno de los corredores, deteniéndose frente a la puerta D-9A-7. Su dedo índice presionó el llamador.

La puerta se abrió de inmediato.

Julie Simmons, bajo el umbral, le recibió con la más sensual de sus sonrisas. También su vestimenta era audaz. Deliberadamente provocativa.

Clayton arqueó

las cejas.

La mujer no daba muestras de la inquietud que delatara por teléfono.

—Adelante, Richard. Celebro que hayas acudido con prontitud. Clayton penetró en el apartamento.

Quedó en el *living* viendo como la muchacha cerraba la puerta.

—Bien, Julie. No pareces muy preocupada. ¿Por qué tanta urgencia?

Julie avanzó hacia él.

Sin abandonar la sensual sonrisa de sus gordezuelos labios.

—¿Te molesta estar aquí, Richard? Debes perdonarme, pero necesitaba tu compañía. He dejado el trabajo, simulando una fuerte jaqueca. No era capaz de concentrarme. Te necesito, Richard.

Julie tendió sus brazos para enlazar el cuello de Richard Clayton. Sus carnosos labios se entreabrieron trémulos. Susurrantes. Húmedos. Buscando ávidamente los de Clayton.

No llegó a producirse el beso.

Julie, de súbito, dio un salto atrás. Separándose bruscamente del perplejo Clayton.

—¿Qué diablos...?

Richard Clayton no pudo terminar la frase.

Se percató de la sombra que surgía a su espalda, pero ya era demasiado tarde para esquivarla. El golpe que recibió en la nuca nubló sus ojos.

No
llegó
a
caer.
El hombre que le había golpeado, un individuo de cabello rojizo y rostro inexpresivo, le atenazó con sus brazos.
Richard Clayton, aunque aturdido por el golpe recibido, pugnó por zafarse de su opresor. Fue entonces cuando se percató de que apenas podía moverse.
Los brazos del individuo se habían enroscado a lo largo de su cuerpo. Como dos serpientes. Adquiriendo la alucinante longitud de varios metros.
Clayton fue levantado en vilo y llevado por el alfombrado pasillo. La propia Julie abrió una de las puertas.

Correspondiente a un coquetón dormitorio femenino.
—¿Está todo preparado? —interrogó el individuo.
Julie no contestó hasta haber cruzado la estancia y abierto una segunda puerta. La que comunicaba con el cuarto de baño.
—Sí. Nuestro compañero ya está preparado.
—¡Maldita sea! —gritó Clayton con el rostro cubierto de frío sudor—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué pretendes, Julie? ¿Quién es este... este hombre?
Julie rió en cantarina carcajada.
—Ibas a decir monstruo, ¿verdad, Richard? También yo soy un monstruo.
Lo que ocurrió a continuación aterró a Clayton. Le erizó el cabello, haciendo castañetear sus dientes. Hubiera echado a correr, presa del terror, de no estar aprisionado por aquel deforme individuo.
Sí.
Un espectáculo para enloquecer al más cuerdo.
El cuerpo de Julie, aquel cuerpo de diosa griega, proclamado el más perfecto de Estados Unidos, comenzó a alargarse en todas direcciones. Deformándose en espeluznante mutación. Brazos y piernas se extendieron por el suelo como tentáculos. Su cabeza se hinchaba como un globo.
Aquella alucinante visión de pesadilla se desarrolló ante los ojos de Clayton por espacio de interminables minutos.
El cuerpo de Julie parecía moldearse a voluntad.
Paulatinamente fue recuperando su primitiva configuración.
En los ojos de Richard Clayton, desmesuradamente abiertos, aún se leía un brillo de incredulidad. Su estupor era mayor que el miedo.
Ante él estaba nuevamente la Julie que conocía. La mujer de escultural y seductor cuerpo.

Como si todo
hubiera sido
un sueño.
Una
horripilante
pesadilla.
Pero sí había sucedido.

El desgarrado vestido de Julie, mostrando generosamente los encantos femeninos, era una de las pruebas.

—¿Y bien, Richard? —sonrió Julie—. ¿Qué te ha parecido la demostración?

—¿Quiénes sois? ¿De qué infiernos habéis salido?

—¿Acaso no me conoces, Richard? Soy Julie.

—No... tú ya no eres Julie Simmons. Tienes su cuerpo... te has apoderado de él. Al igual que ocurrió con la familia Mills. Eres una de esas viscosas y deformes masas. Yo las vi en la granja de los Mills.

—Ya lo sé, Richard. Tú nos habías descubierto, y eso te sentenció. Pero no te preocupes. Todos los habitantes de la Tierra están condenados. Nosotros los exter- minaremos. Ya hemos empezado.

—¿Quiénes sois?

—Voy a complacer tu curiosidad, Richard. Procedemos de un cataclismo cósmico originado en una galaxia desconocida para vosotros. En el hiperespacio. Ocurrió hace cientos de siglos. El choque de varios planetas ocasionó mutaciones, nuevos cuerpos y

sustancias. No somos seres inteligentes. Puedes asociarnos con las plantas carnívoras existentes en tu planeta, pero nosotros podemos razonar. Tenemos una especie de cerebro. De ahí que hayamos decidido adueñarnos de la Tierra. Somos pocos los originados en aquel cataclismo cósmico. Veinte en la actualidad. Nos reproducimos merced a grandes dosis de energía nuclear. ¿Te parece ridículo el número, Richard?

—Os aplastaremos.

—Lo dudo, Richard. Ya estamos aquí. En distintos puntos de la Tierra. Y nuestro plan es perfecto, siempre que no seamos descubiertos.

Clayton sonrió duramente.

—Vuestras posibilidades de triunfo son nulas. Ni aunque superarais el millón. Tenemos poderosas armas que...

—Ahí está precisamente la clave de nuestro éxito, Richard. En vuestras poderosas armas. Con ellas os destruiréis unos a otros.

—No dudo de vuestro cerebro, pero apuesto a que está aún en embrión.

—Haces mal en menospreciarnos, Richard. Ya te he dicho que no somos inteligentes. Puedo comunicarme ahora contigo merced al cerebro de Julie Simmons. Yo lo controlo. Estoy *dentro* de Julie. Conozco todos los datos de su vida. Todos sus conocimientos. De Julie Simmons sólo he respetado el cerebro. El resto de su cuerpo ha sido destinado a albergarme. Julie está muerta. Me apoderé de ella para poder vigilarte. Nos habías descubierto y tenías que morir.

—Mi muerte nada significa. Seréis destruidos. Si te has apoderado del cerebro de Julie; podrás calibrar nuestro poder.

—Lo conocemos, Richard. A la perfección. Buck Uggams, vuestro ilustre secretario del

Departamento de Defensa, fue atacado y muerto por uno de mis compañeros.

—Mientes... Buck Uggams está hoy en Los Angeles. Hizo una rueda de Prensa por televisión.

—Por supuesto. También Julie Simmons ha muerto y ahora estás hablando con ella. ¿No es cierto, Richard?

Clayton se estremeció.

—¿Quieres decir?

—Exacto. Buck Uggams, secretario del Departamento de Defensa, ya es uno de los nuestros. ¿Sospechas ahora nuestros planes? Estados Unidos y la URSS. Grandes potencias con poderosas armas. Cinco de los nuestros ya están en Moscú. Formando parte del Soviet Supremo. Suplantando a cinco máximos dirigentes rusos. Con acceso y poder para, sin mediar el «teléfono rojo», efectuar un ataque nuclear contra Estados Unidos. Estos, mediante los sistemas de represalia, responderían con sus 10.000 «cabezas nucleares» y demás artefactos atómicos. Puede que se altere el orden y sea Washington el primero en iniciar el ataque. Depende de... Buck Uggams. Del intercambio termonuclear... ¿quedará algún terrestre para contarlo? No, Richard. Sólo nosotros. Nosotros veinte seremos los únicos supervivientes del planeta Tierra.

*

*

*

El individuo que sujetaba a Richard Clayton seguía sin pronunciar palabra alguna. Sus

brazos, aquellos desproporcionados brazos semejantes a los viscosos tentáculos de un pulpo, continuaban enroscados en tomo a Clayton.

Richard Clayton parecía ajeno a aquel monstruoso abrazo. Las palabras de... de Julie ocupaban toda su atención.

—De originarse una guerra nuclear nadie quedaría con vida. Absolutamente nadie. Ni tan siquiera vosotros. Estados Unidos y la URSS almacenan armas capaces de destruir diez veces el planeta.

—Tanto mejor. Eso ayudará más a nuestra reproducción. ¿Olvidas que hemos sido originados tras un cataclismo cósmico? La radiactividad es nuestro mejor alimento. Nos fortalece todo tipo de energía. No debe sorprenderte. A finales del siglo xx se realizaron experimentos en un laboratorio de California. Injertos de plantas, expuestos a radiaciones gama. Se consiguió un monstruoso fruto que parecía poseer vida propia. Fue destruido por temor a que su rápida capacidad de reproducción llegara a apoderarse de la Tierra. Nosotros no necesitamos rayos gama para nuestra reproducción, pero sí una fuente gigantesca de radiación. En nuestro vagar de siglos por el espacio, así nos hemos alimentado. Tras la guerra nuclear podremos permanecer aquí hasta que desaparezca toda radiación. Y entonces emigraremos a otro lugar, a otro planeta, a otra galaxia.

—Es imposible viajar por el espacio sin...

Una burlona carcajada cortó las palabras de Clayton.

—No somos humanos, Richard. ¿Vegetales? ¿Minerales? De ser sometidos a investigación, los científicos desconocerían nuestra materia. Podemos deambular por el hiperespacio a velocidades supersónicas. Con autocontrol. Hemos penetrado en la atmósfera terrestre sin fundirnos ni volatizarnos. Y el poder introducirnos en vuestros cuerpos nos permite conoceros y destruiros. Les dotamos de otras características. Ya te las he demostrado, ¿verdad? Hombres-

goma. Pero no cometas la estupidez realizada en la granja de los Mills. Tú no puedes alargar mi brazo. Mi autocontrol determina el momento. No somos inteligentes, pero resultará sencillo destruir un planeta, cuyos habitantes están dominados por la ambición. Así se explica y comprende el almacenar tan mortífera cantidad de armas termonucleares, que terminarán con vosotros.

Richard Clayton se percató de que todo aquello era factible. De que aquellos extraños seres poseían poderes suficientes para cumplir su amenaza.

Les resultaría fácil.

—Oye, Julie...

Clayton se mordió instintivamente el labio inferior. Hasta hacerlo sangrar.

—Sigue, Richard. ¿Por qué te interrumpes? Debes llamarme Julie. Tengo su mente y su cuerpo. Hace tan sólo unos minutos me hubieras besado, ¿no es cierto?

Clayton sintió apremiantes deseos de vomitar.

—Te has apropiado de Julie Simmons... te llamaré así, pero ella ya no existe. Al igual que Buck Uggams, que la familia Mills... y Karl Burdfield. ¿Me equivoco en este último?

—No, Richard, no te equivocas... Karl Burdfield, uno de los técnicos de la Wise Planting, fue también atacado. Es ya uno de los nuestros. Ocurrió una explosión en la factoría. Con gran desprendimiento de energía. Vital para nuestra reproducción. Pronto aumentaremos de número. El agua la necesitamos para poder penetrar en el cuerpo humano.

Richard Clayton rememoró la espeluznante escena de la granja.

El cadáver de Albert Mills en el abrevadero. Recubierto por aquella viscosa masa pegadiza. Introduciéndose por sus ojos, por su boca, por la nariz... El inerte cuerpo de la hija de Mills al que arrojaban cubos de agua.

—Podemos ayudaros. Tenemos laboratorios capaces de suministrar enormes fuentes de energía termonuclear. Estudiaremos vuestra composición y seréis sometidos a intensas radiaciones para...

—Te repito que no somos seres inteligentes, pero tampoco estúpidos. Si he llegado a dialogar contigo es por estar en posesión del cerebro de Julie Simmons.

—Puedo garantizar que nada os...

Richard Clayton fue nuevamente interrumpido.

—Cuando los científicos terrestres llegaran a descubrir nuestra naturaleza, comprenderían también el peligro que significamos para ellos. Seríamos destruidos La Tierra ha sido elegida por morada. Y para poder habitar en ella debemos desencadenar una guerra termonuclear. Tú, por ser atacado por uno de los nuestros y sacar conclusiones en la granja de los Mills, debes morir. Tus conocimientos son un peligro para nuestro plan. Volveremos a hablar, Richard, pero tu cuerpo ya no te pertenecerá. Serás controlado por uno de mis hermanos.

A una muda señal de la mujer, Clayton fue conducido hacia la puerta que comunicaba con el cuarto de baño.

Aprisionado por aquellos monstruosos brazos.

Los gritos de Clayton fueron bruscamente cortados. Enmudeció de terror.

Con los desorbitados ojos fijos en la ovalada bañera.

La estancia contigua al dormitorio, destinada a cuarto de aseo, era amplia. Espaciosa. Paredes en mármol *beige.*

Lavabo-tocador en una sola pieza con gran espejo se situaba al lado izquierdo.

La

bañera

repleta

de

agua.

Y

dentro

de

ella...

Una deforme masa viscosa asomaba a la superficie. Palpitante. Negruzca. Extendiéndose en nauseabundas ramificaciones. Sus anillos ventosa burbujeaban bajo el agua.

El individuo de pelo rojizo soltó a Clayton.

Sus longitudinales brazos dejaron de aprisionarle.

Richard Clayton, casi sin recuperar el equilibrio, fue empujado violentamente hacia la bañera.

CAPITULO
VIII

Richard Clayton trastabilló.

Cayó aparatosamente al pie de la bañera. A escasas pulgadas de la viscosa masa. Clayton giró sobre sí mismo, alejándose hacia el fondo de la estancia. Gateando desesperadamente. Al incorporarse, ya su diestra se había apoderado de la «Felsen-99».

Consciente de que el individuo podía alargar sus zarpas y atenazarle de nuevo, apretó el gatillo.

Una y otra vez.

Las balas cónicas rebotaron del cuerpo del hombre. Sin causarle el menor daño. Sin dejar huella alguna.

Richard Clayton agrandó los ojos. Parpadeando, incrédulo.

Las balas de una «Felsen-99», dadas sus mortíferas características, eran capaces de perforar, un bloque de cemento.

Y sin embargo, no hacían mella en aquel individuo.

La risa de la mujer resonó, burlona.

—Pierdes el tiempo, Richard. Vuestras armas son ridículas para combatirnos. Hasta pronto, querido. No trates de resistir. Será más fácil para ti.

La mujer y el individuo del pelo rojizo desaparecieron cerrando la puerta del cuarto de baño.

La capa gelatinosa parecía haberse extendido aún más. Viscosos tentáculos asomaban por los bordes de la bañera. El burbujear de las nauseabundas ventosas creció.

Clayton estaba atrapado en uno de los rincones.
De intentar avanzar hacia la puerta, aquella deforme masa se abalanzaría sobre él. Estaba cercado.
Aquel pegajoso y negruzco plasma ya sobrepasaba de la bañera extendiéndose por el suelo.
Reptando hacia Clayton.
El disparador de la «Felsen-99» volvió a funcionar. Accionado frenéticamente por Richard Clayton.
Sin resultado positivo. También las balas rebotaron en la deforme masa sin causar daño alguno.
—¡Atrás!... ¡Atrás!...
Clayton profirió una soez maldición.
Olvidó que no podía comunicarse con aquel monstruoso ser. Que sus gritos no eran oídos. Que aquella diabólica criatura del espacio no podía responderle.
Richard Clayton disparó ahora sobre la bañera.
En prolongadas ráfagas. Cuando el interruptor automático le indicó que únicamente quedaban diez balas en el cargador, dejó de presionar el gatillo.
Los potentes proyectiles destrozaron la bañera, derramando el agua.
Aquello pareció restar agilidad de movimiento a la monstruosa criatura. Se aglutinó, haciéndose más compacto. Aumentado en grosor.

Clayton, en acrobático salto, se lanzó de cabeza, salvando el alucinante obstáculo. Apenas entrar en contacto con el suelo, en pasmoso alarde de rapidez y reflejos, se incorporó precipitándose hacia la puerta.

La hoja no cedió.

El cierre había sido colocado desde el dormitorio.

Richard Clayton volvió a hacer funcionar la «Felsen-99». El mecanismo de cierre quedó totalmente destrozado.

Empujó la puerta cuando ya un negruzco tentáculo le amenazaba.

Clayton logró esquivarlo.

Como una exhalación, cruzó el dormitorio. Se disponía a abandonar la estancia, cuando algo le hizo detenerse.

El burbujear había cesado.

Fue aquello lo que inmovilizó a Clayton junto a la puerta que conducía al salón. Giró la cabeza centrando su mirada en la entrada al cuarto de baño.

La viscosa masa iba recogiendo sus ramificaciones. Sus ventosas dejaron de succionar a la vez que los tentáculos se enrollaban con lentitud. Aquel negruzco y pegajoso plasma quedó convertido en un ovillo.

Se puso en movimiento.

Richard Clayton, reaccionando a su sorpresa, abrió la puerta del dormitorio dispuesto a huir.

Sospechando

un
ataque.
No
fue
así.

La esfera, tras un corto y lento rodar, se elevó, surcando la estancia como una exhalación. Con una velocidad inicial superior a la del sonido. Se proyectó contra los cristales del amplio ventanal. Todo el marco quedó despedazado, al ser atravesado por la negruzca esfera.

Clayton, después de unos instantes de estupor, corrió hacia el desmantelado ventanal. Se asomó sin molestarse en apartar los cristales hechos añicos.

Ni rastro
de la
demoníaca
esfera.

Posiblemente su trayectoria, a tan pasmosa velocidad, había pasado desapercibida para los tranquilos habitantes de San Francisco.

Richard
Clayton
retrocedió.

Todo el estruendo al disparar, el destrozar la bañera y la rotura del ventanal, también había sido ignorado por los vecinos del edificio. Cada apartamento disponía de material aislante.

De ahí que nadie hubiera acudido
al crepitar de los disparos. Clayton
inspiró profundamente.

Depositó la «Felsen-99» en la funda sobaquera procediendo a encender un cigarrillo.
Sus manos no delataron el menor temblor.

Sonrió.

De volver a enfrentarse con aquellas monstruosas criaturas, ya no sería dominado por el terror.

Ahora

conocía el peligro. Conocía la existencia de aquellos seres y sus propósitos.

Pero Richard Clayton continuaba sin pruebas que avalaran sus palabras. Nadie le daría crédito. La historia de veinte extraterrestres era fantástica.

Y, sin embargo, terroríficamente cierta.

Richard Clayton debía demostrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Antes de que la Tierra fuera asolada por un cataclismo nuclear que borrara todo signo de vida.

CAPITULO IX

Frederick Skelton era uno de los científicos más jóvenes y prometedores del Departamento de Energía Atómica. Miembro de la Asociación Internacional de Medicina Aeroespacial, colaborador de la National Aeronautics and Epace Administration y asesor en varias centrales nucleares de Estados Unidos.

Frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro de artificial bronceado. Sus correctas facciones no ocultaban rasgos de firme carácter. Su labio superior aparecía adornado por un fino bigote.

Sonrió consultando una rectangular cartulina. Al alzar la mirada, posó sus ojos en Richard Clayton.

Una mesa semicircular separaba a los dos hombres.

—Bien, Richard. Has sido sometido a un minucioso examen. El resultado, tal como esperaba, ha sido negativo. R-O. Ausencia total de radioactividad.

—Jamás he dicho que fuera portador de ella, Frederick.

Frederick Skelton se incorporó de su sillón, procediendo a pasear por el despacho de severo mobiliario. Se detuvo para fijar nuevamente su mirada en Clayton.

—Nos conocemos desde hace tiempo, Richard. Sé que no eres hombre dado a la fantasía. En ocasiones me ha escalofriado tu indiferencia al relatar trágicos acontecimientos. Por eso doy crédito a tu fabulosa historia.

—¿De veras? —Clayton sonrió, irónico—. Poco te falta para romper en carcajadas. Esferas voladoras que se introducen en el cuerpo humano convirtiendo a los hombres en muñecos de goma, inmunes a las balas de una «Felsen-99»...

—Si cualquier otro me llegara con semejante historia, le hubiera enviado al infierno. Tú eres Richard Clayton y...

—¡Ya basta, Frederick! ¿Qué has querido demostrar al someterme a ese reconocimiento?

—Ya lo sabes. Tu cuerpo podía detectar leves síntomas de radioactividad u otra emanación de sustancia desconocida.

Clayton entornó los ojos.

Enfrentándose duramente a la mirada de su interlocutor.

—Creo que los dos estamos perdiendo el tiempo, Frederick.

—Espera un momento, Richard —Skelton impidió con un ademán el que Clayton se incorporara del asiento—. ¿Por qué te sorprende haber sido sometido a reconocimiento? Según tu información, esos monstruos fueron originados tras una explosión cósmica. Se... alimentan de radioactividad y, por lo tanto, deben ser portadores de ella. Tú has estado a poca distancia de esas criaturas. Incluso has tenido entre tus brazos a... a Julie Simmons.

¿Correcto?

—Sí.

—Entonces deberías estar rebosante de radioactividad, Richard. Aseguras, también, que el radar automático de tu auto se alteró al pasar frente a la granja de los Mills. ¿Por qué el helicóptero de la Central Security Agency no se descompuso al posarse en la granja? También disponía de mecanismo sensible...

—¡Maldita sea!... ¡No lo sé! ¡No lo sé!...

Frederick Skelton palmeó la espalda de su amigo. Acentuó la sonrisa en sus labios.

—Tranquilo, Richard. Creo tener la respuesta. Si esas criaturas cósmicas pueden penetrar en el cuerpo humano, deben controlar su propia naturaleza; ya que, de lo contrario, lo destruirían. Y ellos serían descubiertos de inmediato. Un foco de radioactividad de semejante magnitud es fácilmente detectado. Apuesto a que pueden alterar su estructura genética. Sin duda, disponen de un sistema de control sobre su propio metabolismo. De ahí que no te haya alcanzado ningún rayo radioactivo.

—¿Qué podemos hacer, Frederick?

—La Central Security Agency de San Francisco ya se ha puesto en acción. Clayton volvió a proferir una soez maldición.

—Investigan en el apartamento de Julie Simmons. ¡Allí no encontrarán nada! Estamos perdiendo un tiempo vital, Frederick. Buck Uggams, secretario del Departamento de Defensa, es uno de ellos. ¡Y ahora está en Washington! Incluso puede que platicando amistosamente con el presidente. ¿No lo comprendes, Frederick? ¿Qué ocurriría si uno de ellos logra suplantarle? Además tal vez en este mismo momento, el primer ministro de la URSS sea también un extraterrestre. Y esté planeando un ataque nuclear contra nosotros. Responderemos adecuadamente, ¿verdad, Frederick? Una guerra termonuclear, que lo convertirá todo en cenizas. ¡Ese es el plan de esos monstruos del espacio! ¡Y la Central Security Agency registrando el apartamento de Julie Simmons!

—¿Qué diablos quieres, Richard? ¿Orden de detención contra el secretario de Defensa?

—¡Es uno de ellos! —vociferó Clayton, fuera de sí—. Hablé con el recepcionista de la sala C. El vio a Julie Simmons subir a su apartamento, acompañada del individuo de pelo rojizo.

Este portaba una voluminosa valija. ¿Adivinas el contenido? Llevaba a uno de sus compañeros. ¡Al que depositaron en la bañera!

—Todo eso se está investigando, Richard. Ten un poco de paciencia. Se ha cursado la orden de localizar a Julie Simmons y...

Uno de los pilotos del panel telefónico situado sobre una mesa móvil se iluminó en cortas intermitencias, a la vez que emitía un leve sonido.

Frederick Skelton acudió para pulsar la palanca correspondiente. Una voz femenina sonó por el aparato interfono.

—El teniente McGowen, de la Central Security Agency, desea ser recibido.

—Hágale pasar.

Skelton y Clayton intercambiaron una rápida mirada. La sonrisa volvió a asomar a labios del científico.

—Puede que sea portador de buenas noticias, Richard.

—¿De veras? —inquirió Clayton, con nulo entusiasmo—. Más bien creo que cursará otra sanción contra mí.

—El teniente Davy McGowen y sus hombres quedaron en el apartamento de Julie Simmons. Tal vez descubrió algo interesante.

La puerta del despacho se abrió para dar paso a un individuo de unos cuarenta años de edad. De ágiles movimientos.

La puerta vidriera se cerró automáticamente.

—¿Quiere tomar asiento, McGowen?

El recién llegado hizo caso omiso a la invitación de Skelton.

Permaneció en pie.

Con su penetrante mirada fija en Richard Clayton.

—Bien, McGowen... ¿Algún resultado positivo?

El teniente de la CSA reaccionó con sarcástica carcajada.

—¿Resultado positivo? ¿De qué está hablando, doctor? Escalamos ya el siglo xxi. Las historias de ciencia ficción han sido superadas por la técnica. Hemos explorado el espacio, y los posibles visitantes extraterrestres causan risa. Nuestro amigo Clayton ya inventó otra historia semejante en Thulinsville. ¡Otra absurda y ridícula historia de monstruos del espacio!

Frederick Skelton esperó la protesta de Clayton. Al comprobar que no se producía, intervino:

—¿Por qué iba Clayton a inventar esa historia?

—Es un periodista. La vida cotidiana carece de emoción para el hombre actual. Richard Clayton planeó esa patraña que, por proceder de un periodista de prestigio, sería creída por muchos. Puede que la aceptaran, aun conscientes de su falsedad. Unicamente para experimentar la olvidada sensación de miedo a lo desconocido. Me han informado que el *San Francisco Tribune* piensa lanzar mañana una edición extraordinaria, narrando las aventuras del valeroso Richard Clayton en su lucha contra los hombres-goma.

Richard Clayton, que había permanecido en silencio desde la entrada del teniente, se incorporó con premeditada lentitud.

Avanzó hasta situarse frente al agente especial de la CSA.

—¿Ya ha terminado, McGowen?

—¡Sí, maldita sea!... Y las consecuencias de su acto las sufrirá muy pronto, Clayton. No se puede movilizar impunemente a nuestros hombres.

—Eso significa que no han descubierto nada anormal en el apartamento de Julie Simmons.

Davy McGowen resopló. Controlando su irritación.

—Por supuesto que no. Los muchachos del laboratorio acudieron con contadores «Darsen». No existía radiación, ni ninguna otra fuente de energía. En la destrozada bañera y el ventanal, ninguna huella de monstruos del espacio. Sólo los efectos causados por las balas de su «Felsen-99». Unicamente eso, Clayton.

—¿Han localizado a Julie Simmons?

—Aún no.

—¿No le resulta sorprendente que haya desaparecido?

—Su absurda historia se ve acompañada de trágicos acontecimientos, Clayton. He entablado conversación telefónica con el inspector Stanley Leibman para que sometiera a la familia Mills a un minucioso examen. A los pocos minutos en la granja de los Mills se había producido un violento incendio. Originado, al parecer, en el pequeño laboratorio que el doctor Mills tenía allí instalado. Este, junto con su esposa, hija y hermano, han perecido carbonizados. Todo ha quedado convertido en cenizas.

—Muertos...

—Sí, Clayton. Completamente carbonizados.

Richard Clayton, tras aquellos instantes de estupor, reaccionó.

—¿No lo comprende, McGowen? *Ellos* saben que estoy con vida. Que serían descubiertos... Han cambiado de cuerpo... han abandonado a los Mills, dejando sus cadáveres y provocando el incendio...

—Ya basta de estupideces, Clayton. Lo ocurrido a los Mills fue un desgraciado accidente. Nos queda Karl Burdfield, de la Wise Planting, ¿no es cierto? Según su versión es un alienígena.

—Sí.

Una sonrisa de triunfo se reflejó en el rostro del teniente McGowen.

—El propio inspector Leibman se desplazó al domicilio de Karl Burdfield. Este permanece en reposo, aunque milagrosamente salió ileso de la explosión. Todo quedó en lógico susto. Pues bien, Clayton. Leibman habló con él. Le interrogó ampliamente. El inspector Leibman llevaba consigo un analizador automático «Booke». Karl Burdfield se sometió a él. No se señaló ninguna anormalidad. Perfecta presión sanguínea, electroencefalograma correcto, funcionamiento de los impulsos nerviosos...

Richard Clayton se pasó el dorso de la mano por la frente.

Sin saber qué responder.

Aturdido.

Fijó su mirada en el doctor Skelton.

—Frederick... ¿no pueden haber utilizado el autocontrol de su metabolismo? Frederick Skelton, por toda respuesta, interrogó al teniente de la CSA:

—¿Karl Burdfield fue sometido a Rayos X?

—Por supuesto. Ya le he dicho que el inspector Leibman llevaba un analizador «Booke». Todo quedó registrado. Hace tan sólo unos minutos,

Leibman se puso en contacto conmigo. Nada anormal, en la lectura de los gráficos.

Skelton posó sus ojos en Richard Clayton. La expresión de su rostro era elocuente. Clayton lo comprendió.

—Buenas noches, caballeros —dijo el teniente McGowen, con tensa voz—. Recibirá noticias de la Central Security Agency, Clayton. También quiero hacerle una advertencia. Si el *San Francisco Tribune* menciona al secretario de Defensa en tan ridícula historia, le aseguro que no saldrá a la venta ni un Solo ejemplar. ¡Y la redacción del periódico será clausurada por tiempo indefinido! Puede dar gracias a que Karl Burdfield ignoraba la verdadera razón del examen a que era sometido. De conocer sus sospechas, le llevaría a los tribunales.

Davy McGowen se encaminó hacia la puerta.

La hoja vidriera se abrió automáticamente, permitiendo la salida del teniente de la CSA. Frederick Skelton chasqueó la lengua.

—El teniente está en lo cierto... Si continúas pregonando tus sospechas, te verás en serias dificultades, Richard.

—Todo es cierto, Frederick... ¡Todo!... Puedo jurarte que...

Clayton se interrumpió.

Su mirada se había enfrentado con la de Skelton.

Era inútil seguir hablando.
También en los ojos de
Frederick Skelton se leía la
duda. Richard Clayton se dirigió
hacia la salida. En silencio.
Skelton le rodeó amistosamente
los hombros.
—¿Por qué no te retiras a descansar, Richard? Lo necesitas.
Clayton sonrió amargamente.
—Tal vez no exista mañana para nosotros, Frederick.

CAPITULO X

Richard Clayton, al penetrar en su apartamento, descubrió el piloto automático de su teléfono con la luz roja fija.

Consultó la cinta grabadora.

Cinco de las llamadas efectuadas durante su ausencia correspondían a Peter Brolin. La última, la más reciente allí registrada, era de Stanley Leibman. Del inspector de la CSA de Thulinsville. Había dejado su número. A462-TS.

Línea privada.

El dedo índice de Clayton recorrió el teclado telefónico.

La comunicación quedó establecida casi al instante. Del otro extremo llegó una cansina voz. Carente de inflexión.

—Stanley Leibman al habla.

—Buenas noches, inspector. Aquí Clayton. Se produjo una breve pausa.

La voz de Leibman llegó ahora apremiante. Alterada.

—Celebro haberle localizado, Clayton... Ya estoy al corriente de las investigaciones llevadas a cabo por mis compañeros de San Francisco. Sin resultado positivo, ¿verdad?

—Correcto. Me consideran un pobre loco. Al igual que usted, Leibman.

—Yo he cambiado de opinión, Clayton. Aquí, en Thulinsville, ha ocurrido algo muy extraño. Diabólico.

—¿Se refiere al incendio en la granja de los Mills?

—Ese suceso también me ha inquietado, pero le hablo de algo más tangible. ¿Puede desplazarse hasta aquí?

—¿Ahora?

—Sí, Clayton. Creo que estaba en lo cierto. Nos

encontramos ante una situación de emergencia. Su presencia en Thulinsville sería de gran ayuda.

—¿No puede ser más explícito?

—No hay tiempo para explicaciones, Clayton. Sobre el terreno, irá conociendo los detalles.

—De acuerdo.: Llegaré a Thulinsville por el medio más rápido.

—Clayton.

—¿Sí?

—Le exijo la máxima reserva. Nadie debe saber que se reúne conmigo. No le espero en las oficinas de la Central Security Agency, sino en mi propia casa.

—Perfectamente, inspector.

Stanley Leibman cortó la comunicación.

Clayton desconectó su aparato. Tomó un cigarrillo y se encaminó hacia el mueble-bar. Se apoderó de una de las botellas, allí alineadas.

Con el vaso de whisky en su diestra, pasó al dormitorio, reapareciendo a los pocos minutos con nueva vestimenta.

Volvió a llenar el vaso.

Quedó con la mirada fija en el amarillento líquido. Con los ojos levemente entornados.

Pensativo. Sin alterar en lo más mínimo sus facciones.

El llamador de la puerta le hizo dar un respingo.

Acudió al *living,* manipulando en el visor para identificar a su visitante. Sonrió, al contemplar el crispado rostro de Peter Brolin.

El gran jefe había abandonado su cueva del *San Francisco Tribune.* No estaba solo. La bella Paulette permanecía a su lado.

Peter Brolin penetró en el apartamento, vociferando. Moviendo los brazos de un lado a otro. Visiblemente excitado.

—¡Maldita sea, Clayton!... ¡Llevo toda la tarde tratando de localizarte! Quiero pedirte disculpas, muchacho.

Richard Clayton chupó el cigarrillo.

—¿De veras? ¿Significa eso que acepta mi historia de los hombres-goma?

El director del *San Francisco Tribune* resopló ruidosamente. Ya estaba en el salón. Paseando de un lado a otro, como fiera enjaulada. Fijó alternativamente su mirada en la silenciosa Paulette y en Clayton.

—¿Has oído eso, Paulette?... ¡Por supuesto que no creo en extraterrestres! Lo triste es que estamos al servicio de un público deliberadamente ingenuo. El despliegue realizado por la Central Security Agency hace válida tu historia.

—Lamento desilusionarle, Brolin; pero la CSA ya ha concluido su investigación. Con un solo resultado. Sanción al periodista Richard Clayton.

—Varios vespertinos han duplicado su tirada... Hablan de tus sospechas, del incendio en la granja de los Mills, de la misteriosa desaparición de Julie Simmons, y de los destrozos ocasionados en su apartamento... Y el *San Francisco Tribune,* contando en su plantilla con el protagonista de los hechos, ni tan siquiera dispone de información.

—Ya no pertenezco al periódico, Brolin. Presenté la dimisión.

—¡Al diablo con eso! Quiero un amplio reportaje, Clayton.

¿Quién más sospechas que se ha convertido en hombre-goma? ¿El presidente de Estados Unidos? ¿El primer ministro soviético?... Dame tu cuaderno de notas y las fotografías. Saldrán mañana en una edición extra.

—Puede hacer lo que quiera, Brolin; pero ningún artículo del *San Francisco Tribune* aparecerá con mi firma.

Peter Brolin profirió una soez maldición.

Se aproximó a Clayton, forzando una sonrisa.

—¿Qué te ocurre, muchacho?... ¿Me guardas rencor? Te he pedido disculpas. Si quieres, juraré que existen esos hombres-goma. Puedo hacer que...

Richard Clayton le interrumpió:

—No es ése el problema, Brolin. La CSA ha prohibido divulgar mis sospechas. El periódico sería duramente sancionado.

—Podemos silenciar los nombres que resulten comprometedores.

—No, Brolin. Es preferible esperar.

—¿Esperar?

—Ajá. Estoy investigando, Brolin. Cuando termine la historia, el *San Francisco Tribune* tendrá la exclusiva.

Peter Brolin arrugó instintivamente la nariz.

Dudó unos instantes.

—Ignoro si existen realmente esos hombres-goma, Clayton... Puede que resulte cierto. También es posible que te liquiden. ¿Qué hay entonces de la prometida exclusiva?

—Se la enviaré desde el Más Allá.

Brolin rió en fuerte carcajada.

—Tengo una idea mejor. Por eso me he hecho acompañar de Paulette. Ella se convertirá en tu sombra. Tomará apuntes, y realizará fotografías.

—Oye, Brolin...

—Ni una palabra más, Clayton. Está decidido. Me comunicaré contigo mañana. —Brolin atravesó el salón. Al pasar junto a Paulette, acarició la mejilla femenina—. Permanece con los ojos abiertos, pequeña. No te separes de él.

Peter Brolin abandonó el apartamento.

Richard Clayton arrojó, furioso, el cigarrillo. Fijó sus grises ojos en la muchacha.

—No quiero que permanezcas a mi lado, Paulette.

—¿Tan desagradable te resulta mi compañía?

Paulette formuló la pregunta con delicioso mohín en sus gordezuelos labios. Con un brillo muy especial en sus ojos.

Richard Clayton desmintió las palabras de la joven, atrapándola por la cintura para acto seguido besar los entreabiertos labios femeninos.

La compañía de Paulette jamás podía resultar desagradable.

Todo lo contrario.

—Escucha con atención, Paulette... Brolin cree que esto es un juego. Una calenturienta historia, inventada por mí. Los demás periodistas tampoco dan crédito a la historia, pero

sacan jugo de ella, aportando datos de su propia cosecha. Tampoco la CSA me hace el me- nor caso. Poco les inquieta la desaparición de Julie Simmons y la «oportuna» muerte de los Mills. No es un juego, Paulette... Sólo yo conozco la horripilante verdad. Esos monstruosos seres existen.

—Yo sí te creo, Richard. Clayton sonrió.

La muchacha le admiraba.

Si le hubiera dicho que los extraterrestres llegaban a San Francisco sobre elefantes de cuatro trompas, Paulette lo habría aceptado sin pestañear.

—Muy bien, pequeña. Entonces comprenderás lo peligroso que resulta acompañarme. Pienso desenmascararles. Y no quiero que te ocurra nada malo.

—Puedo serte de ayuda, Richard. Con mi cámara, obtendré pruebas. Te seguiré a distancia. Haré lo que tú digas, pero no quiero dejarte solo.

Clayton quedó en silencio.

Su vacilación fue breve.

—De acuerdo, Paulette. Vamos a realizar el más sensacional reportaje de la historia. En el *parking* está mi «Forbes-SK». Marcha de inmediato a Thulinsville. Me reuniré contigo en el club Scorpio. ¿Conoces el lugar? Se halla emplazado en la Terry Avenue, junto al...

—Conozco Thulinsville como la palma de mi mano —interrumpió la joven, algo suspicaz—; pero no comprendo el tener que ir separados.

—Debo realizar algunos asuntos en San Francisco.

—No me importa esperarte, querido. Marcharemos juntos. Bien en tu «Forbes-SK» o en aerotaxi.

Richard Clayton entornó los ojos.

Próximo a perder la paciencia:

—Tú harás lo que yo diga, Paulette. Limítate a obedecer, ¿entendido? Necesito mi auto en Thulinsville. Y lo quiero allí, cuando llegue.

—Perdona, Richard... Creí que sólo tratabas de librarte de mí.

—Si ésa fuera mi intención, no era preciso enviarte a Thulinsville. Te citaría en un lugar de North Beach, y solucionado. En marcha, Paulette. Ignoro el tiempo que permaneceré en San Francisco, aunque me esforzaré en que sea mínimo. Luego, buscaré un aerotaxi. Procura llegar a Thulinsville antes que yo.

—Allí estaré, Richard.

La muchacha se alzó de puntillas para posar sus carnosos labios sobre los de Clayton. En un fugaz beso.

Antes de que Richard Clayton reaccionara, la joven giró, abandonando precipitadamente el apartamento.

Clayton consultó la minipantalla de su reloj de pulsera.

Antes de acudir a su cita con el inspector Leibman, debía ultimar unos detalles.

No podía fracasar.

Ahora ya conocía la guarida de los hombres-goma.

CAPITULO XI

El aerotaxi tomó tierra en uno de los helipuertos de Thulinsville. Richard Clayton descendió del vehículo.

Las plataformas instaladas en las distintas torres le depositaron en la planta baja.

Aquel edificio, con magnífico helipuerto en su azotea, era propiedad de la Carsons Company. Una poderosa empresa, con numerosa flota de aerotaxi.

Clayton se hallaba en la zona sur de Thulinsville.

El edificio de la Carsons Company disponía de comunicación directa con el «subway». El trayecto fue corto.

Después de pasar por tres estaciones, el subterráneo le dejó en la Terry Avenue.

Richard Clayton, ya en la superficie, encendió un cigarrillo, caminando por la Terry Avenue. La populosa calle Thulinsville, pródiga en »night-clubs» y salas de juego, estaba bellamente iluminada por destellantes anuncios.

Divisó el Scorpio.

El club donde había quedado citado con Paulette. No llegó a penetrar en el local.

Descubrió a la muchacha instalada en el «Forbes-SK». El techo de vidrio térmico había sido desplazado para así poder disfrutar de la suave noche. Paulette también se percató de la presencia de Clayton. Descendió del auto.

La joven lucía un traje-pantalón en fibra deslizante. En negro ágata. Con ancho cinturón y botas blancas. La tela modelaba su cuerpo.

—Llevo cerca de una hora esperando, Richard. Me

cansé de estar en el Scorpio. Clayton sonrió enigmáticamente.

—Los asuntos en San Francisco me retuvieron más tiempo del previsto. ¿Qué cámara llevas?

—La que utilizamos siempre en trabajos profesionales. Una «Doval-Spotmalic III». ¿Por qué esa pregunta?

Richard Clayton abarcó con su brazo derecho la cintura femenina. Caminaron hacia el estacionado auto.

—Hoy vas a realizar un trabajo muy especial. En el portamaletas encontrarás mi equipo completo y un buen número de rollos. Vas a filmar algo extraordinario, Paulette. Espero que no te dejes dominar por el miedo.

—Soy periodista, Richard.

En los grises ojos de Clayton destelló un fugaz brillo burlón. No hizo ningún comentario.

Se acomodó al volante del «Forbes-SK».

—¿Adónde vamos, Richard? ¿Tienes alguna pista?

—Aún no, Paulette; pero me la van a proporcionar. Voy a realizar una importante entrevista. Con una influyente persona, que empieza a aceptar mi historia de los hombres-goma. Juntos, demostraremos la existencia de esos monstruos.

—¿Quién es esa persona, Richard? ¿Cómo puede ayudarte?

—*Top secret.*

Un mohín de disgusto se dibujó en el bello rostro de Paulette.

—Al no confiar en mí, difícilmente podré pasar datos al *San Francisco Tribune.*

—Olvidas un pequeño detalle, Paulette. Unicamente harás el reportaje en caso de mi muerte. Supongo no desearás que eso ocurra, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Perfecto, pequeña. Entonces, procura mantener los ojos abiertos.

—Muy gracioso. Sólo te sirvo de objeto decorativo. ¿No es cierto? Clayton desvió fugazmente los ojos.

En rápida mirada, recorrió el escultural cuerpo de Paulette.

Sonrió con cinismo.

—Sirves para muchas cosas, Paulette. No te enfades. No puedo decirte la identidad de la persona a entrevistar. Me ha sido prohibido.

—No te creo una sola palabra.

Clayton dobló el volante del auto.

Ya circulaban por el Barrio Clyns.

Minutos más tarde, el «Forbes-SK» se adentraba por la amplia calzada del Kahn Boulevard. El vehículo no se detuvo al pasar frente al número 1.832. Clayton

frenó al llegar a la tercera de las bocacalles.

—Esperarás aquí, Paulette. Ignoro el tiempo que permaneceré en la casa. Puedes entretenerte con mi equipo fotográfico.

—Lo conozco a la perfección. No necesito...

—Obedece, Paulette —interrumpió Clayton, palmeando la mejilla de la muchacha—. Encontrarás la ficha del portamaletas en el salpicadero.

Descendió del auto, sin esperar posible respuesta de Paulette.

Comenzó a caminar por el solitario Kahn Boulevard. Lo avanzado de la noche restaba circulación de vehículos. Los *bungalows,* en su mayoría prefabricados en aluminio, se alindaban a ambos lados de la amplia avenida.

Richard Clayton llegó ante la pequeña muralla del *bungalow* 1.832. El «Forbes-SK», en la bocacalle, no era visible.

Clayton procuró no rozar la alambrada. Estaba electrificada.

Aquel color en rojo y negro, medida obligada por las autoridades, lo delataba. La mayoría de los *bungalows* disponían de ese control de seguridad, complementado con sirenas de alarma y otros dispositivos aún más efectivos.

Richard Clayton pulsó el botón situado junto a la verja. No llegó a hablar por el interfono allí acoplado.

Se adelantaron a sus deseos.

—Puede pasar, Clayton.

La voz surgió del interfono, a la vez que la enrejada puerta se abría con lentitud. El asfaltado sendero que conducía al *bungalow* se iluminó.

Richard Clayton dirigió una indiferente mirada al «ojo

mágico». Apostó a que el inspector Leibman disponía de televisión en circuito cerrado por todo el recinto.

Llegó ante el porche.

Bajo el umbral de entrada ya le esperaba Stanley Leibman.

En mangas de camisa. En la

visible funda sobaquera descansaba su reglamentario revólver «Lee-7».

—No es muy puntual, Clayton...

—¿Acaso había fijado una hora?

Richard Clayton penetró en el *bungalow.*

El inspector de la CSA, tras cerrar la puerta del *living,* señaló hacia el salón.

—Prometió acudir por el medio más rápido. La gravedad del caso así lo requería, Clayton. Le creía más interesado en el problema que nos ocupa.

—Y lo estoy, Leibman.

—¿De veras? Pudo llegar a Thulinsville en menos de una hora. Incluso utilizando la «auto-levapad». ¿Por qué se demoró?

—Utilicé el medio de comunicación más rápido, inspector. Hace apenas unos minutos que llegué en aero-taxi.

Stanley Leibman arqueó las cejas. Fijó sus ojos en Clayton.

—He visto pasar su auto por Kahn Boulevard.

—Una compañera de redacción está al volante. El rostro del inspector enrojeció.

Sus ojos relampaguearon, furiosos.

—¡Maldita sea!... ¡Le advertí que no comunicara a nadie su cita conmigo! ¡Absolutamente a nadie!

—Tranquilo, inspector. Ella nada sabe. ¿Por qué cree que he estacionado en la tercera bocacalle? Mi compañera desconoce el lugar de mi cita.

—¿Dijo algo en San Francisco?... Mencionó su reunión conmigo a...

—No, inspector; aunque no comprendo tanta precaución.

—Este es un terreno peligroso, Clayton. Una invasión de hombres-goma. De criaturas del espacio, que se apoderan del cuerpo humano... Sí, Clayton. Hay que andar con pies de plomo. Si doy un paso en falso, me juego el cargo. Si comparto su historia debo poseer pruebas valiosas.

—Dijo poseerlas, ¿no? En su conversación telefónica afirmó que...

Leibman alzó su mano derecha.

Cortando las palabras de Richard Clayton.

—Aún no estoy muy seguro. Todo resulta tan... absurdo e increíble... Abandonaron el salón.

El inspector de la CSA. manipuló en una puerta metálica situada al final del corredor. La abrió, haciéndose a un lado para permitir el paso de Richard.

Este no llegó a cruzar el umbral.

Quedó rígido.

La luz procedente del corredor iluminaba débilmente el cadáver que yacía en el suelo.

Un cadáver de mujer.

Con las cuencas de los ojos vacías. La boca desencajada. La comisura de sus labios desgarrada hasta la mejilla. Las destrozadas ropas apenas cubrían el cuerpo. Mostrando una piel arrugada. Envejecida. De nauseabundo tono verdoso.

—¿La reconoce?

Clayton asintió.

Con leve e imperceptible movimiento de cabeza.

—Julie Simmons...

—Correcto, Clayton. Descubrí su cadáver en el jardín de mi *bungalow.* Súbitamente, un siniestro burbujear interrumpió las palabras de Stanley Leibman. Un burbujear que, poco a poco, fue en aumento.

Clayton y Leibman se miraron a los ojos.

—Puede accionar el interruptor, inspector. Sus compañeros le han delatado. Ya no es necesario seguir fingiendo.

Stanley Leibman no hizo ningún comentario.

Su diestra tanteó la pared, buscando el interruptor. La iluminación fue ahora perfecta.

Se podía contemplar con toda nitidez el cadáver de Julie Simmons. Richard Clayton palideció.

Sus ojos ya no estaban fijos en el cadáver de Julie.

Otro espeluznante espectáculo requería su atención. El sótano había sido inundado de agua.

Y en aquella improvisada bañera burbujeaban infinidad de viscosas masas. Con sus tentáculos aflorando a la superficie. Con sus negruzcas ventosas succionando sin cesar.

Stanley Leibman sonrió.

—Te están esperando, Clayton.

CAPITULO XII

Richard Clayton no se mostró muy sorprendido. Incluso la palidez fue desapareciendo paulatinamente de sus facciones. Fijó los ojos en Stanley Leibman.

—Ya sospechaba que eras uno de ellos..., inspector.

—¿De veras? Entonces demuestras una gran inteligencia. Muy superior a la nuestra. Fue un error dejarte en el apartamento de Julie Simmons, sin esperar tu muerte. Creíamos que nuestro compañero daría buena cuenta de ti. No fue así. Nos obligaste a actuar precipitadamente, Clayton. Acudí, bajo la apariencia de Julie Simmons, al *bungalow* del inspector Leibman. Si él te citaba, no sospecharías.

—Ahí te equivocas. Sí sospeché. Estaba plenamente convencido de que Stanley Leibman se había convertido en uno de vosotros. Me intrigó que el minucioso y suspicaz inspector Leibman no encontrara nada anormal, tras el examen sometido a Karl Burdfield. Ello significaba que Leibman mentía. ¿Por qué? La respuesta era fácil de deducir. El inspector Stanley Leibman era ya un cadáver viviente.

—Correcto, Clayton. Aunque tu historia de extraterrestres no era creída por nadie, decidí no correr riesgos, e incendiar la granja de los Mills. Allí quedaron los cadáveres totalmente carbonizados. Unicamente sus cadáveres. Ni rastro de seres del espacio. Simular otro "accidente" con Karl Burdfield sí resultaría sospechoso. Yo, como inspector de la Central Security Agency de Thulinsville, comuniqué a mis superiores la total normalidad de Karl Burdfield.

—El cadáver de Julie Simmons les hará recapacitar.

—Ya te comenté en San Francisco que no éramos seres inteligentes, pero tampoco estúpidos. Yo ahora puedo razonar con la mente de Stanley Leibman.

Richard Clayton tragó saliva.

Se estremeció de pies a cabeza.

—Sí, Clayton. Abandoné el cuerpo de Julie Simmons para introducirme en el de Stanley Leibman. Ya somos viejos amigos, ¿verdad, Richard? Me quedaré aquí hasta comprobar tu muerte. Hasta verte salir controlado por uno de mis hermanos. Caminarás hacia tu auto. A tu compañera de redacción le confesarás que todo fue un truco; un ardid inventado por ti para destacar en el *San Francisco Tribune,* Jurarás que no existen los ridículos hombres-goma.

—¿Ese es tu plan?

—Sí, Clayton. Todo volverá a la normalidad. Así tendremos tiempo de ultimar nuestros proyectos. Será el fin para la Tierra y el principio para nosotros. Nos hemos comunicado con... Buck Uggams. Cree posible desencadenar un ataque sorpresa contra la URSS. La guerra termonuclear es cuestión de días. Quedaremos nosotros quince, más los cinco compañeros emplazados en Moscú.

Richard Clayton desvió la mirada hacia el final de la escalera.

Hacia aquella nauseabunda balsa, donde burbujeaban las viscosas y deformes masas negruzcas.

—¿Están aquí los quince?

—Demasiado sabes que no. Faltan dos. Los que se han adueñado de Karl Burdfield y

Buck Uggams. Este será nuestro refugio. La casa de un inspector de la CSA. Ya no volveremos a salir. La culminación de nuestro plan se aproxima, y no queremos correr más riesgos. Tú eras nuestro único peligro, Clayton.

—Vuelves a sufrir un error. Ya estarán alertadas todas las unidades de Defensa de California. Llegarán aquí, de un momento a otro.

—Mientes.

Richard Clayton sonrió. Duramente.

—Acudir a tu cita era meterse en la boca del lobo. Ya te he dicho que me sorprendió que el inspector Leibman no encontrara nada anormal en Karl Burdfield. Y mucho más me intrigó tu cinta telefónica, y la reiterada advertencia de que no la divulgara. La comenté con tus superiores. Con el teniente Davy McGowen. En la sede de la CSA de San Francisco. Ya se habrá dado orden de captura contra Karl Burdfield y Buck Uggams.

—¿Por qué iban a creer tus palabras? No presentabas ninguna prueba.

—Por supuesto que no creyeron mis palabras, pero sí las tuyas. ¿Por qué supones demoré mi cita? Me llevó tiempo convencer al teniente Davy McGowen. No podía creer que el inspector Leibman se había convertido en hombre-goma. Le presenté la cinta magnética de mi conversación telefónica contigo. Y se sorprendió mucho de tu forma de actuar. Muy extraña en un inspector de la CSA.

—Simples sospechas que...

—No... ya no son simples sospechas —Richard Clayton arrancó uno de los diminutos botones plateados de su camisa—. ¿Sabes qué es esto? Un emisor electrónico. Muy sensible. El teniente McGowen habrá estado escuchando nuestra

conversación. Desde su inicio. Pronto le tendremos aquí.

—Maldito... Si eso es cierto, no llegarán a tiempo de salvarte...

De pronto, se escuchó el lejano ulular de una sirena. Paulatinamente, el sonido se acentuó en número y volumen.

Stanley Leibman giró la cabeza.

Aturdido por el ensordecedor sonido de las sirenas.

Clayton no quiso desaprovechar aquella oportunidad de salvación. Empujó violentamente al individuo, al mismo tiempo que se precipitaba hacia la puerta. Tropezó con el cadáver de Julie Simmons.

Aquello le salvó.

Richard Clayton, al caer al suelo, percibió un siniestro silbar sobre su cabeza. Como el restallar de un látigo.

Stanley Leibman había alargado su brazo. Semejante a un tentáculo.

Buscando el cuello de Clayton. Este tomó impulso, rodando varias yardas por el suelo.

Gateó desesperadamente por el corredor.

Los monstruosos brazos de Stanley Leibman, desproporcionadamente alargados, tendieron sus zarpas. También los dedos habían adquirido una deforme longitud.

La puerta del *bungalow* se abrió bruscamente.

Davy McGowen apareció en primer lugar. Respaldado por cinco de sus hombres.

—¡Siga en el suelo, Clayton! —gritó el teniente McGowen—. Nosotros nos

encargaremos de ellos, ¡Disparad, muchachos!... ¡Sin descanso!

Richard Clayton, en rápida mirada, comprobó las armas de los agentes de la Central Security Agency.

El propio teniente McGowen manejaba un lanzacohetes portátil y dos de sus hombres disponían de potentes ametralladoras «VK-2».

—¡No disparen!... ¡No disparen!...

Los desgarradores gritos de Richard Clayton fueron acallados por el crepitar de las armas.

No fue oído.

Y las poderosas armas funcionaron.

Los mortíferos proyectiles buscaron el cuerpo de Stanley Leibman. Este no pareció inmutarse. Recibió las descargas, sin retroceder un solo paso. Quedó envuelto en llamas.

Y aun así, pudo alargar sus brazos.

Transformados en tentáculos incandescentes.

Atenazando a dos agentes de la CSA, que profirieron roncos alaridos de terror. El uniforme de combate de poco les sirvió. Los brazos de Leibman se enroscaron en el cuerpo de los infortunados agentes. En un monstruoso abrazo.

Stanley Leibman retrocedió con sus dos víctimas hacia el sótano.

Hacia la balsa donde se agitaban, convulsivas, las restantes criaturas del espacio. El rostro de Davy McGowen se congestionó tras la mascarilla de vidrio.

—¡Maldito engendro del Averno!... ¡Vamos tras él! —Aulló.

Richard Clayton terminó de incorporarse

Cortando el paso al teniente y a sus tres hombres.

—¡No siga adelante, McGowen! ¿No lo comprende? Esas

descargas no hacen más que acrecentar su fuerza.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Clayton giró la cabeza nerviosamente. Fijó su mirada en la entreabierta puerta que conducía al sótano.

—No lo sé, McGowen..., pero ahí están todos... Un monstruoso amasijo ele viscosos seres... Todos, a excepción de los que han suplantado a Karl Burdfield y Buck Uggams.

—Hemos cercado la casa de Karl Burdfield. He hablado con Frederick Skelton hace apenas unos minutos. Burdfield se convirtió en negruzca pulpa, ante los aterrados ojos de los agentes de la CSA. No ofrece hostilidad alguna. Skelton ha procedido a examinarlo minuciosamente.

—Salgamos de aquí, McGowen.

El teniente desorbitó los ojos.

—¿Salir? ¡Está loco! ¡No podemos dejar a esos monstruos con vida!

—Continuar aquí resulta suicida, teniente —interrumpió Clayton secamente—. Ya han muerto dos de sus hombres, pese al uniforme protector y a las armas utilizadas. Los disparos no hacen más que fortalecerles.

McGowen vaciló.

Una fracción de segundo.

Accedió a la indicación de Clayton, dando a sus tres hombres la orden de retirada. Richard Clayton y el teniente de la CSA fueron los últimos en abandonar el *bungalow.*

En el jardín, dos vehículos blindados de la Central Security Agency. Con una dotación de diez hombres cada uno. También se veía un mode:rno carro de combate «Black Zeus», dotado de lanzagranadas atómicas.

Clayton apretó con fuerza las mandíbulas.

Todas aquellas armas eran precisamente las menos indicadas para combatir a los monstruosos seres del espacio.

—Debo pedirle disculpas, Clayton. Estaba en lo cierto, aunque era difícil dar crédito a su historia. Sólo me convenció el oír su conversación con... con Stanley Leibman, merced al micrófono oculto. Toda la CSA entró en acción. Pronto llegarán refuerzos. Se ha dado la alarma en todo el país. En Washington controlan a Buck Uggams y...

—¿Refuerzos? ¿Qué clase de refuerzos,

McGowen? ¿Más hombres? El teniente

se despojó del casco protector.

Su rostro apareció cubierto en sudor. Sus ojos no ocultaban un lógico terror a lo desconocido. Sus labios balbucearon, antes de hablar:

—¿Está seguro, Clayton...? ¿Cree que nuestras armas

nada conseguirán?

Richard Clayton se había llevado un cigarrillo a los labios. Posó sus grises ojos e:n la abierta puerta del *bungalow.*

—Planearon desencadenar un cataclismo nuclear... todo

nuestro planeta convertido

en cenizas... y ellos como únicos supervivientes. ¿Lo comprende ahora, teniente? Es ridículo utilizar esas armas contra ellos.

—Frederick Skelton y otros científicos de la CSA están en casa del que fue Karl Burdfield. Skelton, en Su última comunicación conmigo, procedía a analizar a aquella monstruosa criatura. Su inmovilidad facilitaba el examen.

—¿Han avisado a Moscú?

—Sí. Nuestro presidente ya ha hablado con el Premier Soviético. Localizaron a los extraterrestres. Habían suplantado a elevadas personalidades del Soviet Supremo.

Los rusos, al igual que nosotros, están tratando de aniquilarles.

—Es triste...

Davy McGowen arqueó las cejas.

Dirigió una penetrante mirada a Clayton. Este esbozó una sonrisa.

—Lamento no poder comunicarme con ellos, McGowen. Tal vez llegara a convencerles de que podían ser instalados en centrales nucleares, y vivir entre nosotros. Como plantas exóticas. Estudiaríamos su...

—Usted se comunicó con uno de ellos.

—Por medio de la mente de Julie Simmons y del inspector Leibman. Ellos, de por sí, son incapaces de comunicarse.

El ulular de una sirena cortó las palabras de Clayton.

Un coche avanzaba a gran velocidad por Kahn Boulevard. Escoltado por vehículos motorizados de la CSA. Todo el Barrio Clyns había sido acordonado, y se procedía a evacuar a sus moradores.

El auto se adentró en el jardín que circundaba el *bungalow.*

De su interior descendió Frederick Skelton.

El rostro del científico delataba gran excitación.

—¿Siguen ahí?... ¿Cuántos son?...

La pregunta iba formulada a Clayton.

—Trece. Todos, en el sótano de la casa. ¿Qué has conseguido averiguar, Frederick?

—Vamos por buen camino, Richard. El extraterrestres que se adueñó de Karl Burdfield era hembra. Eso creo, al menos. La acorralamos en la casa. Contra todo pronóstico, no ofreció resistencia alguna. Comenzó a aglutinarse, formando una viscosa esfera negruzca. Pudimos analizarla.

—¿Cómo diablos logró deducir que se trata de una hembra? Frederick Skelton hizo caso omiso a la interrupción del teniente. Prosiguió hablando con alterada voz:

—La inmovilidad de aquella extraña criatura era motivada por un complejo proceso de reproducción. Las descargas de energía adquiridas en la Wise Planting aceleraron el acontecimiento. ¿Recuerdas, Richard? Te mencionaron que se reproducían merced a considerables fuentes de radiación.

—¿Quieres decir... que se ha engendrado un nuevo monstruo?

—Correcto, Richard. Una diminuta esfera, muy pegadiza y de color verdoso. Del tamaño de un puño. Sobre ella se han centrado nuestras investigaciones.

Davy McGowen volvió a interrumpir al científico. Sin poder controlar su nerviosismo:

—¡Maldita sea, Skelton!... ¡Basta de palabras! ¿Han conseguido algo? ¿Conocen la forma de acabar con esos diabólicos monstruos? ¡Los tenemos ahí!

—Estamos trabajando contra reloj, teniente. Hemos logrado paralizarle. Truncar todo signo de vida en la diminuta esfera, después de someterla a rayos cryónicos.

—¿Rayos cryónicos?

Frederick Skelton asintió con leve movimiento de cabeza.

—Eso he dicho. Un proceso paralelo al de la hibernación.

Aplicando potentes rayos ultracongelantes, la viscosa materia de esas criaturas se reseca, perdiendo movilidad. Sus células dejan de funcionar. Aparecen como muertas.

—¡Es preciso dotar a mis hombres de aparatos congelantes!

—Tranquilícese, teniente. Continuamos trabajando para perfeccionar el medio de... Un ensordecedor ruido ahogó las palabras de Skelton.

Todas las miradas se centraron en el *bungalow.*

—Ya es demasiado tarde —murmuró Richard Clayton.

—¿Crees que...?

—Sí, Frederick. Van a salir.

Sí.
Iban a salir.
Ante los horrorizados ojos de los que rodeaban el *bungalow.*
Todo ocurrió de súbito.
La casa pareció estallar en mil pedazos. De pronto, se vio envuelta en una enorme llamarada. Y de ella salieron aquellas negruzcas esferas, a vertiginosa velocidad. En todas direcciones, con pasmosa rapidez.
Una de las esferas se proyectó con brutal violencia contra el carro blindado de la CSA. El vehículo, con su munición nuclear, estalló, dibujando un siniestro hongo rojizo. Sus tripulantes perecieron de inmediato.
—¡Disparad!... ¡Disparad!... ¡Disparad!...
Los desgarradores gritos de
Davy McGowen eran vanos.
Imposible oírle, bajo el
estruendo de las explosiones.
Richard Clayton y Frederick Skelton se habían arrojado al suelo. Al igual que la mayoría de los agentes de la Central Security Agency. Los portadores de armas interceptoras accionaron los disparadores. Con nulo éxito.
—¡Hay que escapar de aquí! —vociferó Clayton, aferrando
el brazo del teniente—.
¡Ordene a sus hombres que se retiren! ¡Que no hagan más disparos!
La orden no era necesaria.
Pocos agentes de la CSA quedaban ya en pie. Los carros de combate, envueltos en llamas. Convertidos en un amasijo de retorcidos hierros y restos calcinados.
Las esferas continuaban su
devastadora misión destructora.
El terror se había adueñado del
Barrio Clyns.
Y pronto alcanzaría la totalidad de Thulinsville.
Los habitantes del Barrio Clyns huían, despavoridos.

Richard Clayton también corría por la Kahn Boulevard. Giró la cabeza, descubriendo a
Skelton, que le seguía a poca distancia.
—¿Dónde ha quedado McGowen?
No fue necesaria la respuesta del científico.
El propio Clayton divisó al teniente de la CSA junto a la destrozada verja del *bungalow.*
Con una potente «VK-2» en sus manos. Disparando.
—Maldito estúpido... —masculló Richard Clayton—. Con sus disparos sólo consigue atraer la atención de esas criaturas... Voy a...
Clayton
enmudeció.
Instintivamente,
desvió la
mirada.
Una de las esferas había aplastado al teniente McGowen.
—¡Richard!... ¡Richard!...
Clayton reaccionó
al oír la voz de
Paulette. Había
olvidado a la
muchacha.
Paulette corrió a refugiarse en sus brazos. Temblando de pies a cabeza.
—¿Te encuentras bien, pequeña?

—Sí... sí... Dios mío... ¿Qué significa todo esto, Richard?

—¡Sigamos, Richard! —gritó Frederick Skelton—. ¡Debemos abandonar cuanto antes esta zona!... ¡Maldita sea!... ¿Por qué no acuden con los rayos cryónicos?

—¿Y el coche, Paulette?

—Un hombre me golpeó para huir en él, Richard... Todos están como locos... La joven quebró su voz en ahogado sollozo.

—¡Cielos!... ¡Mirad eso!... —Skelton extendió su brazo, señalando hacia un alto edificio que culminaba la amplia avenida. Un rascacielos, cuya cúspide había sido destruida por una de las esferas.

Bloques de cemento cayeron sobre el asfalto.

Entre aquella espeluznante escena de muerte y desolación aparecieron infinidad de agentes uniformados y miembros de la CSA. Cinco carros de combate ligeros aparecieron bien dotados de extraños cañones antiaéreos.

Los ojos de Frederick Skelton adquirieron un fuerte brillo.

—Son aparatos lanzadores de rayos cryónicos... Contienen cohetes ultracongelantes y teledirigidos... Quiera Dios que resulten eficaces...

El cañón de uno de los carros entró en funcionamiento. El blanco elegido fue alcanzado de lleno.

La esfera voladora interrumpió bruscamente su trayectoria, cayendo al suelo. Pesadamente. Como si se tratara de una bola de plomo.

No rebotó.

Quedó inmóvil.

Su viscosa masa negruzca se endureció.

Clayton y Skelton intercambiaron una significativa mirada. La pesadilla tocaba a su fin.

Peter Brolin sonrió, depositando los folios sobre su mesa escritorio.

—Magnífico, muchacho. Con tus artículos, el *San Francisco Tribune* está alcanzando tiradas fabulosas.

—Es mi último reportaje sobre el tema, Brolin.

—¿El último? ¿Por qué? ^ .

Richard Clayton chupó el cigarrillo, posando su mirada en Peter.

—La historia ya ha terminado. Todas esas criaturas del espacio han sido destruidas. En Moscú también han aniquilado a...

—Lo sé, lo sé...; pero ello nada significa. Puedes alargar la historia.

—En Thulinsville aún se vive presa del terror, Brolin. Tardarán mucho en olvidar lo ocurrido, y el país llora a los cientos de víctimas.

—¡Tenemos argumento para varios meses, Richard! ¡Hay que explotarlo al máximo! ¡Al igual que hacen los demás periódicos del mundo!

—Correcto, Brolin. Es tu negocio. Pero no cuentes con mi colaboración. El director del *San Francisco Tribune* rió, divertido.

—De acuerdo, muchacho. No quiero presionarte. Tu compañero Foster continuará, hasta que el suceso pierda el interés del público.

Richard Clayton se encaminó hacia la puerta. Giró antes de que se abriera la hoja de vidrio.

—Una pequeña advertencia, Brolin... No quiero retoques en mi artículo. Brolin carraspeó.

—Bueno... Yo... pensaba suprimir las últimas líneas...

—Ni una sola letra.

Peter Brolin volvió a atrapar los folios, consultando con su mirada el último de ellos. Leyó en voz alta.

—«Lo ocurrido puede que nos sirva de lección. Nos demuestra que no somos dioses. Que nuestra ignorancia es aún muy grande. Mayor que el hiperespacio que surcaban esas extrañas criaturas. Nos vanagloriamos del tecnicismo alcanzado. De nuestras conquistas en el espacio. La realidad es muy distinta. No somos dioses, sino peleles.»

El director concluyó con burlona carcajada.

—Reconozco que son edificantes palabras, pero dudo que sirvan de algo. Es preferible que...

—No suprimas ni una sola letra, Brolin.

Richard Clayton abandonó definitivamente el despacho. Al volante de un «Zeus BH» se hallaba Paulette.

—¿Hace mucho que esperas, pequeña?

—Más de quince minutos.

Clayton sonrió, acomodándose junto a la joven.

—Brolin me entretuvo más de lo debido.

—¿Problemas?

—No. Sé cómo tratarle.

Paulette ahogó un suspiro. Resaltando provocativamente sus erectos senos bajo la tela del vestido.

—No puedo decir lo mismo, Richard. El director me reprochó no haber utilizado las cámaras, durante el suceso. Reconozco que no obré como un periodista nato. Me dominó el miedo, el histerismo, el terror colectivo...

—Te comportaste como un ser humano, Paulette. Y eso es importante. Se miraron a los ojos.

Richard Clayton aproximó sus labios a los de la muchacha. Esta, tras el largo beso, se separó, riendo nerviosamente.

—¿Adónde vamos hoy?

—El frigorífico de mi apartamento está a rebosar, Paulette. ¿Qué te parece si cenamos allí?

Clayton, temiendo una negativa, impidió la respuesta de la joven, cerrando sus entreabiertos labios con un segundo beso.

Minutos más tarde, el «Zeus-BH» circulaba por las tranquilas calles de San Francisco. Hombres y mujeres deambulaban con suficiencia. Muy seguros. Conscientes de su superioridad. Del tecnicismo alcanzado.

Como semidioses.

Muy pocos habían aprendido la lección.

F
I
N